

ACADEMIA NACIONAL DE ARTES Y LETRAS

LA CRÍTICA  
EN LA LITERATURA CUBANA

DISCURSO LEÍDO POR EL DR. ANTONIO IRAIZOZ Y DE VILLAR EN  
EL ACTO DE SU RECEPCIÓN COMO ACADÉMICO DE NÚMERO, CELEBRADO  
EL 9 DE ABRIL DE 1930

---

DISCURSO DE CONTESTACIÓN POR EL  
SR. MIGUEL ANGEL CARBONELL



LA HABANA  
IMPRENTA "AVISADOR COMERCIAL"  
1930

MANIOC.org

Bibliothèque Pierre-Monbeig

IHEAL CREDA - Université Sorbonne Nouvelle - Paris 3

MANIOC.org

Bibliothèque Pierre-Monbeig

IHEAL CREDA - Université Sorbonne Nouvelle - Paris 3

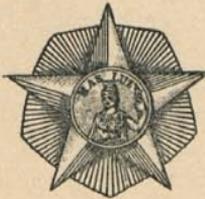
71.046, in-8º

ACADEMIA NACIONAL DE ARTES Y LETRAS

# LA CRÍTICA EN LA LITERATURA CUBANA

DISCURSO LEÍDO POR EL DR. ANTONIO IRAIZOZ Y DE VILLAR EN  
EL ACTO DE SU RECEPCIÓN COMO ACADÉMICO DE NÚMERO, CELEBRADO  
EL 9 DE ABRIL DE 1930

DISCURSO DE CONTESTACIÓN POR EL  
SR. MIGUEL ANGEL CARBONELL



LA HABANA  
IMPRENTA "AVISADOR COMERCIAL"  
1930

850 558101 NAD

X 42 3140

MANIOC.org

Bibliothèque Pierre-Monbeig

IHEAL CREDA - Université Sorbonne Nouvelle - Paris 3

DISCURSO LEÍDO POR EL DR. ANTONIO IRAIZOZ Y DE  
VILLAR EN EL ACTO DE SU RECEPCIÓN COMO ACADÉ-  
MICO DE NÚMERO, CELEBRADO EL 9 DE ABRIL DE 1930.



SR. PRESIDENTE:

SRES. ACADÉMICOS:



DEBO hacer una confesión sincera: cuando recibí la noticia de haber sido electo para ocupar un sitial en esta docta Corporación, cierta inquietud se produjo en mí. No fué, precisamente, por el indiscutible honor que dicha designación acreditaba, y que agradezco infinito. Era más bien un quebranto de mi espíritu algo rebelde. A muchos de vosotros, que pertenecéis a la misma generación mía, la generación republicana de Cuba,, seguramente os sucedió igual, aun cuando no lo hayáis confesado. En las insurgen-  
cias de nuestra primera juventud resonaron los versos de Darío:

*De las Academias Ubranos, Señor.*

Pesaban sobre nuestra mentalidad muchos años de diatribas y de celos, de condenaciones justas e injustas, sobre los cenáculos de los "inmortales" en la vieja Europa. Un prejuicio de importación, como tantos otros, pasó con franquicia por las aduanas del saber, hasta el punto de que para juzgar o para sentir, nuestro cerebro y nuestro corazón han buscado un modelo en Lutecia o en Roma, en Madrid o en Londres. Hasta las anécdotas graciosas, como aquella del poeta francés Alexis Piron, que pidió se grabase sobre su tumba este epitafio:

*"Ci-git Alexis Piron,  
qui dans sa vie ne fut rien,  
pas même académicien" (1),*

---

(1) "Aquí yace Alejo Pirón, que en su vida no logró ser nada, ni siquiera académico."

las tomamos como normas sugestivas para decidir nuestra conducta y nuestra inclinación.

Pero América tiene, entre sus muchas fuerzas, la de darle sentido nuevo a las cosas viejas. Y esta cubanísima Corporación ha declarado ya varias veces por boca de sus dignatarios que en la Academia Nacional de Artes y Letras no hay "inmortales", sino individuos amantes del progreso y de la inteligencia; que no puede ni debe ser un centro de falaces consagraciones, ni un pretexto para satisfacer la vanidad personal de hombres más o menos ilustres, sino una institución que propende, por todos los medios a su alcance, al desarrollo de la cultura nacional. A eso venimos. No a consagrarnos: a trabajar. Queremos con el estudio y el estímulo revivir todo el glorioso pasado de nuestras letras, depurar las tendencias artísticas y orientaciones del pensamiento moderno, e ir creando, con las potestades de la inteligencia cubana, un futuro donde la belleza cada vez se intensifique más.

Consecuente con tales propósitos, y dentro de los límites propios de un discurso académico, deseo aportar un estudio sobre la crítica literaria en Cuba, sabiendo de antemano que no he de agotar el tema; deseoso, únicamente, de presentar una visión de conjunto sobre el cultivo de tan difícil género en nuestro país, para que se vea cómo a pesar de las vicisitudes históricas del pasado siglo, época en que la crítica encontró su derrotero científico y sus métodos mejores de apreciación, cooperó nuestra intelectualidad a la evolución que se operaba en los principales focos del saber humano.

La crítica, en su noble y elevado concepto, es una manifestación filosófica. Eminentemente razonadora y comprensiva, tiene una triple misión: destruye, valoriza, exalta. La aptitud para ejercerla depende de cualidades raciales, de las corrientes imperantes del pensamiento y de aquellas dotes personalísimas que se afinan en una sólida y vasta cultura, en los sentimientos puros de la justicia y en la elevación del espíritu. La limitan o deforman dogmas inalterables, estrechos criterios de patriotismo o de castas, pasiones minúsculas. Perdura cuando es creadora y amplia. Y es creadora y amplia

cuando el crítico—como decía Sanguily—se nos presenta como un artista que pretende comprender a otro artista.

Para fijar los lineamientos de la crítica en Cuba, conocer su índole, su evolución y sus valores representativos, veamos primero las condiciones de la cultura literaria entre nosotros. Somos un pueblo hispánico que desde que tuvo uso de razón, por necesidad de su vida política, se apartó lo más posible de la ideología que representaba la Metrópoli. Menéndez y Pelayo lo confesó: la menos española de todas las literaturas del Nuevo Continente es la cubana.

La situación geográfica nos permitió siempre recibir influencias de diversos países, principalmente de Francia. Las figuras sobresalientes de la pasada centuria—del Monte, Luz, Saco, Heredia, Varela, “El Lugareño”—nutrían su intelecto con libros salidos de las prensas de Francia, de Inglaterra y de Alemania. Viajaban con mayor deleite por esos países y por los Estados Unidos, donde procuraban nutrirse de ideas y de métodos antagónicos a España. A la curiosidad de aquellos hombres, forjadores de la conciencia nacional, la rutina y el apartamiento de la Península les interesaba bien poco.

Hasta muy entrado el siglo XVIII, España dormía reclinada en la escolástica católica. Las luces vivas de la Enciclopedia llegáronle muy debilitadas en aquel crepúsculo de su mentalidad. En un siglo, de por sí superficial, ella fué más superficial todavía. Por entre las rocas de los Pirineos sólo le soplaron ligeros vientos volterianos. Y el benemérito Feijoo, con su “Teatro Crítico Universal”, nos da la medida de un afán nobilísimo que no pudo penetrar en la médula del reino. Carlos III quiso despertar a su pueblo, pero él y sus ministros fracasaron en casi todos los intentos.

De esas postrimerías del XVIII arrancan los vagidos de nuestra cultura. La acción de un preclaro gobernante, Don Luis de las Casas, estableciendo la Sociedad Patriótica de la Habana y el “Papel Periódico”, creó dos fuentes bienhechoras para el mejoramiento del país. En ellas se agruparon los esfuerzos de varones señalados como Romay, Arango y Parreño, el presbítero José Agustín Caballero, a quienes después se

unirían el obispo Espada y el intendente Ramírez, para elaborar con nuestro propio y único esfuerzo una cultura superior, que hubo de lograrse, a pesar de la resistencia de los capitanes generales, de sus torpes medidas para mantenernos en la sacratísima ignorancia tan provechosa a sus planes políticos.

Tuvimos una alta cultura, a pesar de España. No la culpamos; no podía darnos lo que no tenía. Ella era víctima también de una ceguera y de una devoción que la separaban de Europa. Pero que ella no nos culpe a nosotros de haber ido a buscar fuera de su cantera espiritual las piedras que necesitábamos para nuestro propio edificio. No apelo a la Inquisición—quemando los cuerpos de los que pensaban—*recurso gastado*, según Don Marcelino Menéndez y Pelayo—aun cuando los recursos, cuando se gastan dejan de ser recursos;—pero sí creo, con Ramón y Cajal, que “el Santo Oficio, limpiando la nación de judaizantes, moriscos y luteranos y reduciendo al silencio o a la expatriación a todos los pensadores heterodoxos, privó a España del concurso de las mentalidades más originales y más renovadoras. Porque precisamente entre esos hombres poco fervorosos del dogma y rebeldes al despotismo de escuela suelen contarse los grandes iniciadores de la Filosofía y de la Ciencia”. En igual sentido opinaba Manuel de la Cruz al afirmar que la intolerancia, florecencia del fanatismo, ha sido el estado habitual del espíritu español, y que la sutileza de la teología “se infiltró de tal modo en su intelecto que ha venido a constituir como un sentido auxiliar, último, a manera de concreción de su cerebro”. Un pueblo de teólogos y de guerreros no puede ofrecer en abundancia pensadores constructivos.

“Con Varela—según el mismo Cruz afirma—comienza el divorcio profundo y ya permanente entre la madre y su vástago, entre la inteligencia española, atrofiada por la teología, y la inteligencia cubana, vivificada por el uso libre de la razón. Varela, que en su época es el maestro por antonomasia, crea el antagonismo entre el Seminario, cuna y asilo del espíritu cubano, y la Universidad, donde el espíritu español labora la asimilación de las ideas metropolíticas; propaga sus ideas por

la prensa periódica, en el seno de las sociedades benefactoras, en la cátedra del Espíritu Santo, en la tribuna de las Cortes españolas y, sobre todo, por la fecunda actividad de sus más amados discípulos”, Don José de la Luz y Caballero, el primero y más importante entre ellos, que completando la transformación social que inicia su ejemplar maestro invade con sus discípulos la Universidad, renovándola, “cuando el Seminario vuelve a ser nido de buhos”.

Es preciso ahora fijar la atención sobre el desenvolvimiento de la crítica en el siglo XIX, principalmente en Francia, para comprender mejor los matices que presenta en Cuba.

La crítica literaria del siglo XVIII, como afirma Dowden, había sido una crítica del gusto o del dogma; en el siglo XIX se convirtió en naturalista, una historia natural del entendimiento del individuo y de sus obras; una historia natural de las obras de arte formadas o modificadas por las condiciones sociales, políticas y morales y por las tendencias de raza. La preponderancia de Augusto Comte y su credo positivista contribuyó eficazmente a esa nueva manifestación. “Mientras Cousin daba una interpretación histórica a la filosofía, y Guizot aplicaba la historia a la política, un tercer profesor eminente, Abel François Villemain, iluminaba la literatura con la luz de la historia. No formuló un método de crítica, pero dirigió instintivamente la crítica hacia la historia. Pereibió la correspondencia entre los productos literarios y los otros fenómenos de cada época; observó el movimiento del espíritu en un período determinado, pasó de un país a otro; empleó la biografía como un auxiliar en el estudio de las letras. Sus conocimientos eran a veces defectuosos; sus puntos de vista a menudo superficiales; experimentaba el deseo de entretener a su auditorio o de apoderarse de él por la retórica. Sin embargo, Villemain sirvió grandemente a las letras, y aceptado como maestro por los jóvenes críticos de “El Globo”, preparó el camino a Sainte-Beauve.” (2)

(2) Dowden. “Historia de la Literatura Francesa.” Págs. 443 y 444.

En Sainte-Beauve encontró la crítica moderna el inseparable amigo del documento, la precisión y seriedad de juicio, el arquitecto habilísimo al disponer su obra, cuya erudición copiosa y cuidado en los detalles no afecta en ningún momento a la elegancia y pulcritud de su estilo.

De Taine, el doctrinario del positivismo, se prefirió el método. Pensó él que una obra literaria no era un simple juguete de imaginación, sino el signo de tal o cual estado de espíritu, un indicio por cuyo medio reconstruiremos primero al hombre corporal y luego al hombre interior.

“Cuando el estudio de algún escritor nos haya puesto en posesión de cierto número de fórmulas propias para caracterizarle, echaremos de ver en seguida que esas fórmulas dependen unas de otras, que las cualidades de que son signos se encadenan entre sí, y que, si una variase, las demás variarían en la misma proporción.” Esto es lo que Taine llama *las dependencias*. Además de las dependencias hay *condiciones*. Toda obra de arte se halla condicionada ya por circunstancias anteriores, ya por la naturaleza propia del artista, no siendo esta misma naturaleza sino el producto de factores preexistentes. Después del enlace de las cosas simultáneas, he aquí el enlace de las sucesivas; y de estas dos leyes se deriva todo el método de Taine. Con la de *las dependencias* se relaciona la teoría de la *facultad maestra*, con la de *las condiciones*, la teoría de *las tres influencias primordiales*, la raza, el medio y el momento.” (3)

Ernesto Renán fué un deslumbramiento para nuestros críticos. Su amor a la verdad, su afán en perseguirla, el poder creador de su genio, las galas de su estilo maravilloso, la entereza de su vida y de su carácter, la pureza de su conciencia, señalaron en Cuba, como en otras partes, insospechada ruta al pensamiento. Su filosofía amplia, comprensiva, basada en convicciones científicas y en un sentimiento profundo de la grandeza de lo infinito y de la pequeñez humana, con una tolerancia que admitía todos los credos religiosos y hasta los razona-

(3) Leo Claretie. “Historia de la Literatura Francesa.” Pág. 1080.

ba, sin acritud ni amargura, tuvo el don encantador de disipar la gravedad con una sonrisa.

Veamos ahora cómo se corresponden, en el pasado siglo, estos pasos de la alta crítica con el desenvolvimiento de dicha manifestación literaria en Cuba.

Una vigorosa personalidad, que aunque nacida en Venezuela nos pertenece por completo, Domingo del Monte, señala en la primera mitad de la pasada centuria la influencia más preponderante en la literatura nacional y la aparición del primero que cultiva con acierto la crítica literaria. Compañero de estudios de José María Heredia, les liga una fidelísima amistad y admiración recíproca, y es él quien eleva su razonada palabra saludando con entusiasmo a nuestro supremo lírico. Se establece en Matanzas, y allí también realza, hasta consagrarlo, a otro bardo meritísimo: José Jacinto Milanés. Su insaciable afán de conocimientos, el generoso y acertado criterio de que dió tan relevantes pruebas con su actividad fecunda en las bellas letras y el periodismo doctrinal y recreativo de la época, la viva comprensión y depurado gusto que le hizo centro de todas las manifestaciones artísticas, nos presentan a del Monte en el amanecer de la literatura patria como el símbolo amable de toda una generación que salía de las brumas escolásticas para incorporarse de lleno a la corriente del verdadero pensamiento europeo. Era el tipo clásico del humanista "gran celador de la pureza de la lengua castellana y de la conservación de sus antiguos tesoros" (4), y bajo la mirada suave de su lámpara de cobre se escribieron límpidas páginas comentando las poesías del Dr. Fernández Madrid, su ensayo sobre la novela histórica y el titulado "Doce primeros años de la Condesa de Merlin", que luego aparecieron en la insuperable "Revista Bimestre" (1831-1834), calificada por Quintana como "el mejor papel de la Monarquía". Su clasicismo, tolerante y amplio como el de Don Alberto Lista, según Menéndez y Pelayo, alentó los primeros ensayos románticos en

(4) M. Menéndez y Pelayo, "Historia de la Poesía Hispano-Americana".

Cuba. Sagazmente, Manuel de la Cruz señala así su poderosa influencia:

“Heredia, Plácido, Milanés, Pocy, Frias, Jorrín, Suárez y Romero, Zambrana, Valle, Palma, Villaverde y otros, todos tuvieron en del Monte un guía lúcido y seguro, un estímulo poderoso, un maestro doctísimo, un verdadero mecenas, que en las columnas de diversos periódicos, en cartas privadas y en las tertulias que organizó en su hogar, ilustraba a los autores con sus consejos, mejorando sus gustos, descubriéndoles nuevos horizontes y propagando el amor y el cultivo del arte literario en todas sus manifestaciones. Por su buen gusto, que era un tratado vivo de estética natural, encauzaba los géneros, limpiándolos de las exageraciones de escuela, y por la elevación de su espíritu propagaba la noción de un arte social, que fuese a buscar sus inspiraciones en el seno de la sociedad cubana. La labor fué pródiga, la cosecha copiosa. No es fácil señalar en sus pormenores la influencia de del Monte en sus coetáneos, pero no es aventurado afirmar que en la producción que él alentó y orientó, en la flor y nata de la misma, hay destellos de su inteligencia, pudiendo agregar que en la novela fué el norte de Cirilo Villaverde y en la crítica el maestro de su deudo Ricardo del Monte. Su tertulia, que era un bosquejo de ateneo, un oasis en el desierto de oro de la colonia, dió la pauta de las tertulias de Nicolás Azcárate, de notorio ascendiente en nuestro movimiento literario, y que dieron margen a liceos y academias, en los cuales la cátedra se transforma en tribuna.”

Domingo del Monte abre un período de nuestra literatura, que con él se cerrará también. Por eso del Monte resume como nadie una época. Al igual que Alberto Lista en España, es el último rayo de luz en el ocaso de las ideas estéticas del siglo XVIII. El arcaísmo tuvo en del Monte el último paladín, y los mismos hombres que se nutrieron y se animaron a la sombra bondadosa de su saber y de su gusto esmeradísimo, acogieron con entusiasmo el romanticismo del año 30.

El año 30 del siglo XIX será siempre memorable. De esa fecha—más o menos, no estamos señalando plazos fatales ante tribunales de justicia—parten las grandes iniciaciones del siglo XIX. El liberalismo en la política; el romanticismo en las bellas artes; el positivismo en la filosofía. La Revolución de Julio, Víctor Hugo y Augusto Comte liquidan definitivamente el siglo XVIII.

Pero esas tres grandes corrientes no pueden conciliarse. Pronto hubo de surgir el desequilibrio, y ese mismo desequilibrio aguzó noblemente la inteligencia. Ricardo del Monte, joven entonces, comprendió el problema, que habría de traer como consecuencias futuras el descrédito de los románticos y las nuevas transformaciones del positivismo. Y así lo explicó en las gratas confidencias de su espíritu cansado, muchos años después.

“Nunca ha florecido ningún arte en visible desacuerdo con la más alta cultura filosófica del momento, y, cabalmente, una de las causas más poderosas del florecimiento artístico es la absoluta consonancia de las creencias con las personificaciones y los símbolos del sentimiento estético de los pueblos; ¿cómo podían compadecerse con el entusiasmo, con la fe, con los juveniles arranques y apasionamientos del romanticismo, con los nuevos métodos, la fría doctrina que propalaba el materialismo, desterraba la religión del mundo científico y hasta expulsaba del dominio de la filosofía lo que en otro tiempo había sido su alma y fundamento: la metafísica? Las nuevas ideas se infiltraban desde la alta región en que brotaron hasta las clases medias e inferiores donde dejaban su desastroso sedimento: desencanto y escepticismo. Ante los espíritus desalucidos fueron perdiendo su valor y su encanto las galas, los colores y las riquezas que tanto nos habían seducido: la nueva Catay era una falsa leyenda, un mundo de melodrama. No más excursiones a la Edad Media para revivir con colores más brillantes y líneas más puras que las de la misma realidad, cuadros, hombres y mujeres: costumbres que los historiadores modernos han despojado de las ricas vestiduras con que las cubrieron los poetas románticos.”

“El castillo feudal; la catedral católica con sus ojivas y sus agujas; los torneos y las cortes de amor; la vestidura pintoresca, “paramentos, bordaduras y cimera”; la noble castellana entre nubes de incienso ante el altar haciendo votos por la vuelta del esposo que fué a Palestina con la Cruz Roja en manto y loriga; la enamorada doncella escondida tras de alta almena para escuchar la amorosa endecha del trovador oculto en la sombra del monte; la nobleza de los paladines; la pureza de las damas, el fervor religioso del pueblo; toda esta Edad Media fantaseada por los románticos, tenía que deshacerse como un miraje cuando los nuevos investigadores revelaron toda la rudeza y toda la prosa de aquellos tiempos.” (5)

(5) Prólogo de la novela “Noche trágica”, de Arturo R. de Carriarte.

En Cuba, de 1840 en lo adelante, por esas tres causas poderosas ya apuntadas, el liberalismo en la política, el romanticismo en la literatura y el positivismo en la filosofía, la influencia de la cultura francesa será irrefrenable. Muchos antecedentes aislados abonaban también aquella predilección. Ya Don José de la Luz y Caballero había asistido a las clases de Historia, de Michelet, en la Facultad de Letras de París; en 1832, Don Felipe Poey había publicado, en la capital francesa, su obra sobre los lepidópteros cubanos, y formaba parte del grupo de catorce naturalistas fundadores de la Sociedad Etnológica de Francia. Don José Antonio Saco, en su exilio, se refugió en París, y allí, sobre 1841, comenzó a escribir su "Historia de la Esclavitud". El lirismo doloroso de Musset se apodera de nuestro Juan Clemente Zenea, y al terminar la convulsión terrible de la guerra de los diez años, Sainte-Beuve, Ernesto Renán e Hipólito Taine serán los pontífices de todas las especulaciones críticas y filosóficas en Cuba. Hasta lo que nos llegue de Alemania, el idealismo de Hegel, por ejemplo, será a través de traducciones francesas. Por ello pudo decir con sobradísima razón Rafael María Merchán: "En Cuba toda la literatura es francesa. Cuando imitamos a Byron, el menos británico de los ingleses, y a Gœthe, el menos germánico de los alemanes, no hacemos sino acompañar en su admiración por ellos a los franceses." (6)

Siguiendo la evolución del género en las letras cubanas, entre su primer y más influyente cultivador—Domingo del Monte—y el momento culminante en que resplandecen maestros como Merchán, Piñeyro y Sanguily, una corte de escritores de importancia secundaria siguen las huellas de del Monte, como Ramón de Palma, autor de un interesante estudio sobre la poesía popular en Cuba; Antonio Bachiller y Morales, excelente historiógrafo e investigador del habla y costumbres siboneyes; Francisco Calcagno, trabajador infatigable, cuyo "Diccionario Biográfico Cubano", a pesar de sus muchos erro-

---

(6) "Estudios Críticos", Rafael María Merchán. Biblioteca Andrés Bello, Madrid. Pags. 230 y 231.

res, contiene noticias de indudable interés; Don José Antonio Echeverría, pulido y cultísimo escritor, limitado en la poesía y en la novela, de inolvidable recuerdo por su labor como patriota y educador, y cuyos trabajos sobre “Las cenizas de Colón” y “Los primeros historiadores de Cuba” son muestras de su estilo enérgico y castizo, y Don Anselmo Suárez y Romero, afortunado en sus artículos de costumbres. No podemos detenernos en ellos. La abeja que penetra en nuestro jardín no se propone hacer una estadística de las flores, sino libar en las más fragantes. Es preciso volar de cumbre en cumbre, para concretar, en los reducidos términos de un discurso académico, los felices y más sobresalientes paladines de la crítica en Cuba, que con la oratoria, después de la poesía lírica, son las manifestaciones literarias cultivadas con mayor acierto.

La labor crítica de Rafael María Merchán es de análisis perseverante, minucioso; le falta visión panorámica; llega en lo puramente formal a ciertos detalles de léxico que restan amenidad a sus trabajos; no hay aliento creativo, más bien el cuidado y paciencia del erudito cuya cultura y disciplina se admiran, pero no entusiasman. La obra que le consagra, los “Estudios Críticos”—que publicó en Colombia, su segunda patria, en 1886—es una recopilación de estudios diversos, que a Gómez Restrepo se le antoja “como una colmena intelectual, en que cada celdilla contiene miel de distinto sabor. En esa colección miscelánea el lector pasa de un estudio sobre los líricos griegos a otro sobre arqueología americana; de un ensayo político a un trabajo de estadística; de un juicio sobre el heterodoxo Montavo a otro sobre el católico Caro”. Se aprecia fácilmente la influencia de Sainte-Beuve sobre Merchán, hasta el punto de haberle éste defendido con entusiasmo de apreciaciones hostiles de Miguel Antonio Caro.

En 1894, también en Bogotá publicó Merchán otro libro titulado “Variedades” que podemos considerar, por su plan y contenido, como continuación de los “Estudios Críticos”. Recogió allí las cartas dirigidas a Don Juan Valera sobre asuntos americanos y artículos más bien de carácter político que literario. Como siempre, el hablista que nuestro histórico Man-

zanillo vió nacer no abandona los preceptos retóricos y acredita un temperamento de investigador acucioso.

Muy otro fué el carácter de la crítica de Piñeyro. Los grandes hechos y los grandes hombres son casi siempre los mejores temas que enfoca con profunda mirada y fuerza de comprensión y de análisis. Él es el Turquino de la Sierra Maestra de nuestra crítica. Se las mide con gigantes, y siempre sale bien del empeño. En su prosa hay el deleite, el equilibrio, la limpidez de estilo y la animación del escritor, que no conoce de asunto árido ni de tópico infecundo. En sus páginas vive la América heroica y la América que piensa. Poetas y guerreros cruzan por ellas, aquilatados en sus méritos, haciendo vibrar sus liras o blandiendo sus espadas. Y cuantos reparos opuso al coloso de la crítica científica de España, Don Marcelino Menéndez y Pelayo, acerca del juicio que le merecieron los líricos cubanos, éste noblemente los aceptó, al revisar su "Historia de la Poesía Hispano-Americana". (7)

Don Marcelino, movido por su irritado españolismo, vió en Heredia "el compendio y cifra de todos los rencores contra España"; habló de la "maléfica influencia" de su poesía revolucionaria, "cuyos frutos de maldición hemos visto después", y aunque al revisar esos prólogos de la Antología Hispano-Americana, que publicó la Real Academia para conmemorar el cuarto aniversario del Descubrimiento, dulcificó un tanto, en diversas notas, el sentido e intención de sus palabras, atribúyase el cambio, principalmente, a las observaciones de Piñeyro. Es un hecho incontrovertible que al juzgar a nuestro gran lírico se eclipsó no poco la imparcialidad de que tantas veces hizo gala, y su integrismo ciego hubo de desbordarse en momento poco propicio, ya que la pretensión de la Academia, con aquellos cuatro volúmenes de la Antología, era acercar es-

(7) Menéndez y Pelayo comenta a Piñeyro al tratar de los siguientes prosistas y poetas: José Francisco Heredia, José María Heredia, "Placido", Luaces, Zenea y Olmedo. Y le rindió afectuoso tributo en una nota, cuando dice, al enterarse de la muerte de Piñeyro: "...insigne crítico, D. Enrique Piñeyro, cuya reciente pérdida deben lamentar todos los amigos de la buena literatura." Pág. 231. O. C.

piritualmente España a los pueblos de su origen, que de ella se habían alejado, sin excluir a los que estando aún bajo su dominio laboraban intensamente por su emancipación, como Puerto Rico y Cuba.

Una de las quiebras de la inmensa y respetable labor de Menéndez y Pelayo fué su apasionado sectarismo político y religioso. Enemigo acérrimo de toda idea liberal y de toda creencia que rozase con su catolicismo *a outrance*, a tales condiciones debemos atribuir las causas únicas de los únicos incidentes de una vida sosegada, que se consagró por entero al estudio y a la erudición. Recuerda su biógrafo Don Miguel Artigas que provocó una situación difícilísima en cierto acto de confraternidad iberoamericana, al pronunciar un brindis inoportuno en que llamó españoles, y únicamente españoles, a los profesores portugueses que allí asistían, deseosos de estrechar vínculos con la nación vecina, para borrar el doloroso recuerdo de cruentas luchas en lo pasado. Como una explicación de aquellas palabras que produjeron protestas y comentarios diversos, dijo a su hermano que se molestó con los discursos que allí había oído, y que, además, “la comida había sido mala y el champaña falsificado”. Otra vez, siendo Director de la Biblioteca Nacional, la prensa madrileña lo atacó rudamente por las dificultades que oponía a los lectores, entre ellas, la de no facilitar ningún libro que estuviese excomulgado en el “Índice”, de Roma. El Ministro de Instrucción Pública, Burell, tuvo que intervenir de cierto modo, y se mostró condenatorio de la forma en que Menéndez y Pelayo creía servir a la cultura desde la Dirección de la Biblioteca Nacional. En la misma carta que dirigió, quejoso, al Ministro Burell, no niega su prohibición a los *mozalbetes* extraviados que iban al docto establecimiento a solicitar libros perniciosos, de cuyo trato excluye el “Índice”, de los Papas. Esa actitud no deja de ser muy española: un hombre que había leído tanto y tan libremente, negaba a los demás la libertad de lectura. Me recuerda a los republicanos y liberales que venían de la Península: casi siempre en Cuba

resultaron más monárquicos y absolutistas que el propio Fernando VII. (8)

En Piñeyro el conferenciante y el historiador confluyen en el crítico. Un anhelo firmísimo de perfección, una invariable rectitud, un propósito reiterado de domeñar el sentimiento, por natural y legítimo que le pareciera, a fin de que la obra saliese de su pluma libre de todo prejuicio, alejada de toda simpatía personal, sin caer en el yermo frío y desalentador de una sentencia jurídica, sino con los colores y matices propios del artista. Tal fué su victorioso empeño. Pudo afirmar Don Rafael Montoro que “la crítica, al cabo, es una forma de combate”. Para Piñeyro siempre fué un acto de justicia, sin las acusaciones del fiscal, ni los alegatos del defensor, confiado sólo a la claridad y sapiencia del magistrado.

De ese afán por emanciparse hasta de sus propios y plausibles arrebatos patrióticos, nos dejó una muestra evidéntísima al recoger en su libro “Biografías Americanas” el definitivo estudio sobre Morales Lemus. Cuanto pudo deslizarse en el opúsculo del año 71, que acreditaba indignación por los crímenes y torpezas coloniales, fué limado, para que sólo la grave y penosa realidad histórica de Cuba brillase en la refundición. Su entusiasmo viril al servicio de la Revolución era transitorio. La voz austera y elevada del historiador era definitiva. Por eso suprimió frases condenatorias y agresivas, que, aunque justificadas, podrían extraviar el fallo de la posteridad sobre su propia labor. No siempre encontraremos celo igual, en casos análogos, que tanto dicen de la suprema aspiración de Piñeyro en el ejercicio de su ministerio.

Su prolongada vida en París—donde murió—también hubo de contribuir a la majestuosa serenidad que en sus escritos se advierte. A París arriban de todas partes del mundo, como olas embravecidas, sistemas, dogmas, creencias. París los recibe como playa bondadosa y amplia. Y los devuelve al mundo con su gracia y luminosidad latinas, sin asperezas ni rugidos.

---

(8) Ambos hechos pueden verse con lujo de detalles en la biografía de Menéndez y Pelayo, escrita por D. Miguel Artigas.

Como si fuera su misión civilizadora convertir la hoguera en luz, no teme que le lleguen los penachos encendidos de todas las crepitantes aspiraciones humanas: ella, suavemente, los incorpora al inmenso fanal de su cultura.

París le brindó a Piñeyro el medio y el ambiente propicios para sus serios, fundamentales trabajos. Desde el libro sobre el grato poeta español Quintana—primero que publica en la capital francesa—, continuando por el que dedicó a la “Vida y escritos de Juan Clemente Zenea”; más tarde “El Romanticismo en España”, y las monografías sobre Cienfuegos y Blanco White, su contribución a la crítica puramente literaria es de incuestionable valor y sus atinadas observaciones acreditan depurado gusto y orientación bien definida; las letras castellanas, tanto en la Península ibérica como en sus hijas de aquende el Atlántico, encontrarán, en esa serie valiosa de estudios, algunas rectificaciones oportunas a los juicios adversos que dictó un cerrado criterio dogmático o un rencor de integrismo intolerante. En la crítica histórica sobresalen, además del “Morales Lemus”, del “Bolívar” y del “San Martín”, que ofreció en los días agitados de la lucha del 68, sus “Hombres y Glorias de América”, donde se analiza brillantemente el estado político de Norte América, en los tiempos precedentes a la Guerra de Secesión, como en castellano no hemos encontrado nada parecido, y el relato conmovedor, perfectamente documentado, que hubo de titular “Cómo acabó la dominación de España en América”.

Piñeyro tuvo siempre como publicista—y así lo observó Alfredo Martín Morales—, dos determinaciones características, que se compendian en un acendrado americanismo político y en una irrevocable devoción estética, entendida ésta no a la manera coloreada y ruidosa de los españoles, ni al modo vaporoso de un *hiperbóreo*, como a sí mismo se llamaba Nietzsche, sino conforme a la sencillez, elegancia y propiedad de un griego del tiempo de Pericles o de un francés contemporáneo de Renán. Desde su retiro parisino, cálido y amoroso, en la sombra discreta, columbró la visión de su tiempo: veía pasar los hombres bajo su ventana, roídos por la lucha de la vida; y él,

apacible, algo esquivo, algo escéptico, continuaba su ininterrumpido trato con los libros, los amigos fieles, nunca importunos, que proyectan en la imaginación las esperanzas y las fatigas de los que se fueron y las emociones muertas que ya no pueden dañarnos. Su vida fué más intensa en tanto fué más hacia la soledad de su biblioteca. Fortuna, prestigio social, una caballerosa afabilidad, cuanto puede apetecerse para el brillo transitorio del trato mundano, lo tuvo. Prefirió su hogar, sin bullicio, y sus volúmenes, que cuidaba y reunía con delectación. Como el poeta oriental a quien se ofrecieron todas las esplendideces del cielo, los soles magníficos y los astros deslumbradores, quiso conformarse con la estrella más modesta, pálida y lejana: la que no deslumbra, pero que tampoco se eclipsa, la que está bien lejos... donde la mirada o la pasión del hombre no puede llegar nunca.

Aunque ligados por un inalterable afecto, por una admiración devota sin parpadeos, su discípulo de "El Salvador", su amigo de siempre y compañero de ideales revolucionarios, Manuel Sanguily, se proyecta en la historia de la crítica literaria en Cuba, con otros matices y muy distinto temperamento. Cuanto en Piñeyro es parsimonia, en Sanguily es pasión. Lo llamaba "dueña e maestro" (9). E indudablemente se inspiraba en el acendrado buen gusto de Piñeyro; pero su personalidad vigorosa, el temple, como de acero, de su palabra, tanto más en la tribuna que en el periódico o en el libro; su cultura amplia y directa y su espíritu analítico, bien pronto le granjearon una especial y significativa posición entre los intelectuales cubanos. Carácter dominante y entero, sus convicciones estéticas y sociológicas que defiende con una dialéctica poderosa y clara, parecen las raíces profundas de un árbol bien plantado, y llegan

---

(9) Conservo en mi poder una fotografía de Sanguily dedicada a Piñeyro, con estas palabras: "A Enrique Piñeyro,—'dueña e maestro',—para que al mirar este retrato piense que, desde hace muchos años, lo único que no ha envejecido y flaqueado en el original, con mi grande y doloroso amor a Cuba, es la admiración y el cariño leal por el amigo y el antiguo maestro, siempre lozano y vivaz en su apasionado,—*Manuel Sanguily*.—París, octubre 24 de 1907."

hasta las mismas entrañas de la tierra. Después del fracaso del 68, Cuba tiene una voz y una autoridad en los caminos tristes del exilio: José Martí. Y otra voz y otra autoridad dentro de ella misma: Manuel Sanguily. El pensamiento separatista así resonaba dentro y fuera, con una firmeza y un tacto, que pudo dar nuevo vigor a los débiles y nuevas esperanzas al desaliento. Uno y otro ejercían la crítica. Sanguily más apegado a Taine. Martí, en otras latitudes de mayores facilidades para el grato comercio de las ideas, más renovado y con menos disciplina.

El estudio de Sanguily sobre Don José de la Luz y Caballero, rectificando la biografía que escribió José Ignacio Rodríguez—poco comprensivo de aquella austera figura que tanto nos enorgullece—, constituye un proceso psicológico de nitidez incomparable, “donde desentraña todos los factores sociales e individuales que concurrieron a formar la personalidad de Luz”, y legó así el retrato moral de aquel patricio excelentísimo, noble y sabio, que se yergue y sobresale sobre su época y su sociedad de tan imponente modo, como un monumento eterno de virtudes superiores, como uno de esos gigantescos monolitos que sobre la planicie ruin se levantan para proclamar en lo alto y de manera inconfundible las grandes aspiraciones de una colectividad.

Enrique José Varona, al juzgar en la “Revista Cubana” esta obra de Sanguily, advirtió en seguida la aproximación a Taine, cuyo método hubo de seguir indudablemente; pero al mismo tiempo observó las quiebras posibles del sistema y decía del crítico francés: “Este gran alquimista de la historia humana ha trazado retratos, a que nada falta para ser como ha querido el pintor que fueran, y en los que nada se echa de menos sino el parecido. Escritores y personajes históricos han dicho en realidad lo que M. Taine recuerda, quizás han hecho lo que M. Taine refiere, y sin embargo, no son ellos como los creó la naturaleza, sino como M. Taine los conforma.” Por mucho esfuerzo que haga el crítico, siempre hay un elemento subjetivo que es imposible aislar, y que a veces no es conveniente excluir, porque allí está la inspiración creadora, lo aní-

mico, lo que vivifica, lo que levanta el personaje por sobre la sequedad del texto o del documento, del hecho depurado o del dato exacto. Hay mucho de escultura también en la Crítica: sobre la realidad sensible, la imaginación burila y esculpe. Dígallo Renán. Y nuestro Don Pepe, tal como lo vemos en la impresión de Sanguily, tal como él supo encarnarlo a través de las crisis espirituales de su vida, tal como él lo coloca rozando sobre las almas y ejerciendo su bienhechora influencia, debió ser así, porque los frutos de su enseñanza, de sus ideas y el magnífico ejemplo de su conducta, no permiten suponerlo de otro modo.

Otro trabajo de Sanguily, en relación con la materia de que tratamos, fué el bosquejo que dedicó a los oradores de Cuba, sin duda, algo prolijo; recuerda nombres de medianías que no contribuyeron ciertamente al prestigio de la tribuna; y esa obra nunca hubiera podido ser completa, pues él mismo (como observa su meritísimo hijo, recopilador y editor de la dispersa y fecunda producción de su ilustre padre), se habría excluido, y no es posible hacer un tratado sobre la oratoria en Cuba, sin mentar aquella cumbre tribunicia, cuya voz, austera, noble, arrebatada y elegante, a la par, tenía toda la grandiosidad, todo el fuego y toda la belleza de un volcán encendido que se desborda para ocultar con la lava pura de su verbo la ciudad maldita de la tiranía y del error.

Bien hizo el hijo de Sanguily, al reeditar este bosquejo, en incluir, al final, el estudio que publicó su padre en "Hojas Literarias" sobre D. Rafael Montoro: es el caso de un gran orador que sabe comprender a otro gran orador. El técnico experto profundiza en los recursos de su colega: lo analiza en su doctrina política y lo analiza en los medios externos de manifestarse. El fondo y la forma de la oratoria de Montoro están expresados en párrafos concluyentes. Cuando en la elevada y diáfana región de las ideas se remonta Montoro como un águila de alas fuertes y seguras, brotan de sus labios castizos y vigorosos los conceptos, "como los pliegues del manto caen sobre los contornos de la estatua de mármol", hasta el instante en que enardecido, agitado por profunda indignación, se

exalta y da secos golpes sobre la tribuna, y le acompaña el movimiento del auditorio, con creciente ansiedad; entonces, párecese a Sanguily “el verbo incomparable de los dolores, de las angustias, de la ira de su pueblo, el corazón en que repercuten las agonías y las inefables tormentas de otros corazones hermanos, la ardiente palabra en que resuenan los votos secretos, las esperanzas tenaces, las maldiciones de la patria desconcertada y herida”.

Difícil resulta a Sanguily alejarse, cuantas veces ejerce el ministerio de la crítica, de las vicisitudes históricas de su tierra; y más difícil aun, no ser orador también en todas las ocasiones. Los períodos de su prosa siempre tendrán la factura del discurso o de la polémica. En “Oradores de Cuba” se puede comprobar, a pesar de que allí, como dijo Manuel de la Cruz, hay “alternativas de entusiasmo, de amor fervoroso al tema, y accesos de tibieza, antojos de dejar incompleta la ardua y útil labor emprendida”. Cuando nos habla de la encomienda que la agonizante revolución del 68 confiere a su heroico hermano Julio—que no nombra—, la imagen que empleó, tanto pudo emocionar a su simple lectura como ante un auditorio, por adverso que fuese a la causa separatista. Dice así: “Los insurgentes, que venían notando el agotamiento de sus fuerzas, habían hecho un llamamiento último a los emigrados. Enviaron en demanda de auxilio a su general más mutilado. Entonces érale imposible andar, y su mano derecha, atrofiada por las balas, bien podía pedir una limosna para su causa, que no fuese denegada, porque el brazo heroico que en su extremidad la mostraba parecía representar el mástil de su bandera.”

Publicó Don Rufino Blanco Fombona, en la “Biblioteca Andrés Bello” bajo el título de “Literatura Universal”—nombre algo ampuloso, que promete lo que luego el lector no ve cumplido—una serie de artículos de Sanguily, breves reseñas recogidas por éste de diversas revistas cubanas, donde habían aparecido anteriormente. Entre tales acotaciones críticas sobre libros y autores, principalmente extranjeros, su buen gusto y fina sensibilidad se advierten, a pesar de las modestas pretensiones y que como toda prosa de comentarios bibliográficos,

siempre nos parece algo parasitaria. Muchos de esos artículos acreditan aquel supremo e inolvidable esfuerzo de Sanguily, quien, después de los diez años de lucha en la *manigua*, supo incorporarse fácil y prontamente al movimiento intelectual europeo, sin la calma ni el asiento que exige el estudio provechoso, como él mismo le declaró a Fombona, por su vida de acción y de bregar constantes. Ese libro y su célebre refutación a Juan Ignacio de Armas sobre las costumbres de los caribes, polémica larga y documentada que motivó la publicación del opúsculo "Cristóbal Colón y los Caribes", donde la provechosa lectura y los conocimientos etnográficos y antropológicos de Sanguily se pusieron a prueba y salió victorioso de la demanda, completan su producción crítica. Los eminentes servicios a la Patria, tanto en la paz como en las épocas revolucionarias, impidieron a su luminoso talento ofrecernos las obras definitivas sobre nuestra historia nacional y sobre la cultura cubana, ya que nadie como él, por múltiples circunstancias, en mejores condiciones para realizar tales empeños. Lo que no legó a Cuba fué porque Cuba hubo de requerirlo para necesidades más apremiantes.

Tan ligados están los movimientos intelectuales de Cuba con sus agitaciones históricas, se compenetran de tal modo la política y las letras, que las bruscas sacudidas del espíritu separatista interrumpen los procesos de la actividad intelectual. Las revoluciones insurrectas parecen paréntesis dolorosos. Los hombres que piensan son, por lo general, los mismos hombres que luchan. El golpe iracundo del Poder Colonial aleja del país una de sus figuras sobresalientes o troncha una vida necesaria. Por eso preferimos, mejor que un orden cronológico, agrupar nuestros críticos por las influencias exteriores que en ellos predominan.

La crítica literaria tuvo en Cuba su primera etapa, de verdadera iniciación, con Domingo del Monte. Al cesar la primitiva "Revista Bimestre", en 1834, cayó su más alto prestigio. De 1834 a 1858 son veinticuatro años de despotismo ignaro, de persecución a cuanto significase ilustración, liberalismo y progreso, de vejamen y erimen. Tacón, la "Conspiración de la

Escalera", el fracaso de Narciso López, los gobiernos de O'Donnell y Concha, la desesperación de los reformistas, señalan las estaciones de un vía-crucis que debía encontrar su prolongado calvario en la revolución del 68. Villergas puede ser el símbolo de este angustioso período.

Juan Martínez Villergas, cuya sátira virulenta fué espanto de copleros ramplones, sostiene, con el neo-granadino Joaquín Pablo Posada, una larga y enconada polémica. Ambos eran doctrinales y formalistas. Sin que dejemos, por nuestra parte, de reconocer cierto ingenio en Villergas, se une este nombre a los momentos terribles en que nuestro pueblo era burlado en sus más legítimos derechos, y tal parece que España lo enviaba, como uno de sus detritus literarios, para mayor sarcasmo de cuantos en esta sociedad luchaban en los campos de la idea, como estaban dispuestos a hacerlo en los campos de batalla, por las más puras y nobles aspiraciones.

Antes de la revolución de Yara, surgen los nombres de Merchán y Piñeyro, como *dilettanti* del arte literario; después de esa épica jornada, a los resplandores de una paz insegura, se afirmarán aquellos valores y aparecerán otros nuevos como Sanguily, Mitjans, Nicolás Heredia, Manuel de la Cruz, Varona y Montoro. La "Revista de Cuba", de Cortina; la "Revista Cubana", de Varona, y las "Hojas Literarias", de Sanguily, son los exponentes de la alta cultura eubana en este interesante período que precede a la insurrección del 95. Ese lapso de tiempo entre el Zanjón y Baire fué fecundo y característico para la crítica.

Piñeyro en París, Merchán en Colombia, Zambrana en Centro América, José Agustín Quintero en New Orleans, Santacilia en Méjico y José Martí por los Estados Unidos, Méjico, Guatemala y Venezuela, extienden el nombre de Cuba. La palabra y la pluma de los proscritos en ningún momento dejan de enaltecerla. Es la inteligencia cubana, con el ejercicio del magisterio, de la tribuna y del periódico, que esa falange de desterrados realiza, la que logra imprimir su huella en los moldes nuevos, poco resistentes aun, de la cultura continental.

José Martí, principalmente, va tocando en las puertas de todas las patrias de América, como un moderno Arcángel: su Anunciación es lo futuro que ya debe llegar. El sentido de América, el deber nuevo, la obligación de crear, va brotando de su verbo con cambiantes de luz y de tormenta, de seda y de arrebató. Es dulce y suave como un pastor de almas. Es fuerte y tenaz como un campeón indomable del viejo Arauco. Este hombre extraño levanta. A la juventud de su isla doliente le señala el camino de la muerte para lograr el decoro, porque no puede vivirse en villanía. A la juventud de su patria americana la increpa con el evangelio de amor, de unión, de trabajo, de confianza mutua. La obra de Simón, el Mago de la Libertad, está incompleta; su palabra se perdió en los aires del huracán, y él la ha recogido, dispersa, atribulada, y la dice ahora con voces de armonía y deslumbramiento.

Este visionario—poeta, maestro, orador, estadista—quiso tener patria y lo logró. Y como amaba la dignidad, amaba la belleza: con un pudor igual. Entre los tantos aspectos de su pensamiento, fué crítico. Acaso había demasiada ternura en su alma. Pudo pecar de bondadoso, nunca de arbitrario. Eso es ya un timbre. Libros secundarios lograron de él palabras tan intensas, que los libros se olvidaron y sus palabras quedan. Pero ya lo decía: “¿Criticar qué es sino ejercer el criterio?” Su criterio honrado veía la necesidad del estímulo. América salía de la selva. Ser exigente parecía injusticia. Nada que atrofiase el impulso de crear, de hacer verdadera literatura americana, poemas y novelas, con nuestros paisajes y nuestros hombres, con la observación directa de nuestras cualidades. Buscar la verdad y la belleza en nuestros pueblos adoloridos. Que si el hijo sale feo, es nuestro hijo.

Por eso le dice a Palma:

“Tú tienes un gran mérito. Nacido en Cuba, eres poeta cubano. Es nuestra tierra, tú lo sabes bien, un nido de águilas; como cerca de los cadalsos no viven bien más que los cuervos, tendemos, apenas nacidos, el vuelo impaciente a los peñascos de Heidelberg, a los frisos del Partenón, a la casa de Plinio, a la altiva Sorbona, a la agrietada Salamanca. Hambrientos de cultura, la tomamos donde la hallamos más brillante; como nos

vedan lo nuestro, nos empapamos en lo ajeno. Así, cubanos, henos trocados por nuestra forzada educación viciosa, en griegos, romanos, españoles, franceses, alemanes. Tú naciste en Bayamo, y eres poeta bayamés. No corre en tus versos el aire frío del Norte; no en ellos la amargura postiza del Lied, el mal culpable de Byron, el dolor perfumado de Musset. Lloren los trovadores de las monaquías sobre las estatuas de los reyes, rotas a los pies de los caballos de las revoluciones; lloren los trovadores republicanos sobre la cuna apuntalada de sus repúblicas de górmenes podridos; lloren los bardos de los pueblos viejos sobre los cetros despedazados, los monumentos destruídos, la perdida virtud, el desaliento aterrador: el delito de haber sabido ser esclavo, se paga siéndolo mucho tiempo todavía. Nosotros tenemos héroes que eternizar, heroínas que enaltecer, admirables pujanzas que encomiar; tenemos agraviada la legión gloriosa de nuestros mártires que nos pide, quejosa de nosotros, sus trenos y sus himnos.”

La curiosidad de Martí por la literatura aborigen, su interés por todo esfuerzo que tendiese a exaltar las virtudes y a corregir los defectos de los pueblos de América, brilla siempre en sus estudios y artículos de puro carácter literario, con tal recato hasta en las caricias, que nunca perdemos de vista al hombre de letras, experto en el comercio de las ideas, libre de cualquier traba de escuela, con una proyección interior, vasta y limpia, hacia todos los horizontes del pensamiento y del arte.

Y mientras Martí deambulaba por el Continente, con su lira renovadora y la sombra desesperante de una tierra esclava, dentro de Cuba, con devoción esmeradísima cultivaban la crítica tres jóvenes que se fueron de la vida demasiado pronto. Pertenecen los tres a las postrimerías del pasado siglo. Y sus nombres no pueden olvidarse ya.

Aurelio Mitjans es el primero. Murió a los 26 años. “Analista de primera fuerza, sutil y habilísimo, manejaba la síntesis con acierto y desembarazo” (10); discípulo indirecto de Manuel de la Revilla, pronto abandonó este guía. (Revilla, algo movedizo en sus ideas filosóficas, fué primero krausista y luego neo-kantiano.) Halló en Emile Faguet “la personificación de una crítica ideal”, y en sus últimos trabajos discutía, con preparación profunda, el método más adecuado, hasta qué

(10) “Aurelio Mitjans”, por Manuel de la Cruz.

punto era útil y asequible el método de Taine, como si sus nuevas adquisiciones hubieran causado una revolución en sus ideas y buscara senderos desconocidos para orientarse (11).

En dos libros se ha recopilado su producción en prosa, pues Mitjans fué poeta también. Los "Estudios Literarios"—Habana, 1887—, colección de memorias premiadas en varios certámenes, y "Estudio sobre el movimiento científico y literario de Cuba", obra póstuma, editada por suscripción popular, —Habana, 1890—, con prólogo de D. Rafael Montoro, que Blanco Fombona reprodujo con este título, también impropio: "Historia de la Literatura Cubana". Los trabajos de Mitjans sobre Milanés, la Avellaneda y Luaces considéralos Montoro de valor permanente en nuestra literatura; aunque de este prólogo, seguramente ahora, Don Rafael cambiaría ciertos conceptos, como el de llamar "esperanzas de la poesía" a Mendi-ve y a Luaces.

Mitjans ha sido el primero que, recogiendo datos y noticias de Bachiller y Morales, en sus "Apuntes para la historia de las letras", ha escrito un laudable ensayo sobre la evolución cultural en esta Antilla; animada exposición donde sus cualidades de observador y analista se aprecian y que ha servido de pauta a los que posteriormente han escrito lecciones sobre historia de la literatura cubana.

El otro es Manuel de la Cruz. Treinta y cuatro años tenía al morir. Su hijo Carlos Manuel ha completado una serie de siete preciosos volúmenes con los trabajos de su cubanísimo padre, noble ejecutoria de amor filial, homenaje comprensivo al escritor y servicio indudable al país, ya que tan necesitados estamos de revivir en lo presente, para apartarnos de ciertos extravíos, el pasado glorioso, nuestro único patrimonio histórico, por la pluma vibrante y angustiada de los que sufrieron sus iras y sus dolores.

De las obras completas, los "Estudios Literarios", "Crítica y Filosofía" y "Literatura Cubana" encajan perfectamente en el género que estudiamos, y son muestras elevadísimas de

---

(11) Artículo anteriormente citado.

las permanentes cualidades del escritor sus "Cromitos Cubanos" que con emoción y orgullo han leído varias generaciones de compatriotas.

Sanguily, en su juicio sobre los "Cromitos Cubanos", entendió que Manuel de la Cruz había aplicado el método de Taine, con grandes dificultades y escasos resultados; que faltaban más datos biográficos y sobraba la "psicología colorante"; a lo que repuso Cruz que el método aludido era en sus bocetos algo secundario, y que a quien se propuso seguir de cerca fué a Paul Bourget, el más original de los discípulos de Taine; y procuró acoplar sus observaciones a la tesis desarrollada en los "Ensayos de Psicología Contemporánea"; y "otras veces, conservándose más o menos fiel al plan, procuró imitar a Lemaitre, y con menos frecuencia a Faguet".

En Manuel de la Cruz, una imaginación fecunda y desbordada, llena de luz, pletórica de ansias, cuyos vivos efectos advertimos en los relatos novelísticos, obligábale a quebrantar no poco las fronteras de la circunspección que la crítica científica exige. En cambio, una intuición admirable, una invencible curiosidad se manifiesta con esplendidez. ¿Queréis un caso? Su artículo sobre Eça de Queiroz. Él vió en el ático creador de Fradique Mendes un novelador de estirpe, un ironista singular, cuando otros veían en él, en su propia patria inclusive, un imitador frío, un prosista sin personalidad. Ese artículo se publicó en "La Nación", de Buenos Aires, en 1895; todavía Eça no había dado a la imprenta "La ciudad y la sierra"—su obra póstuma—que le consagró definitivamente. Eça era entonces un valor discutido en Portugal. España lo conocía poco. Francia lo ignoraba y sigue ignorándolo. Manuel de la Cruz advirtió en este rincón antillano la inextinguible significación del autor de "Los Maias".

La prosa de Manuel de la Cruz, rica de color y de matices, nos brinda, a cada paso, el trasunto de una cascada sonora, donde el fuerte aire de sus ideales renovadores produce cambiantes insospechados. La semblanza de sabor crítico encontró en él su máximo cultivador.

El tercero es Nicolás Heredia. No había cumplido cuarenta y dos años, al fallecer inesperadamente en los Estados Unidos. Su claro talento y depurado saber clásico prometía a Cuba redimida la sagaz dirección de los altos estudios literarios en la Universidad de la Habana. En el cultivo de la novela y de la crítica dejó obras de grato recuerdo. Sus "Puntos de vista"—artículos y conferencias de absoluta amenidad—y la interesante tesis que desarrolló en "La sensibilidad en la poesía castellana" demostraron sus aptitudes, principalmente la última, que si escrita en los días tormentosos de la lucha contra la metrópoli a veces refleja un incontenido encono hacia los hombres que en su tierra adoptiva—había nacido en Santo Domingo, aunque de familia vinculada en Cuba—mantenían un régimen cruel, no por ello sus razonamientos sobre la falta de sensibilidad en la lírica castellana, apreciados globalmente, pueden ser objeto de menosprecio; más bien de fina y cuidadosa exégesis.

La probidad de Nicolás Heredia, como crítico, se colige por estas dudas que expresa en las palabras con que presentó su libro "Puntos de Vista":

"Cada cual convierte sus nervios en jueces infalibles del autor a quien se juzga, y, con algunas ilustres excepciones, los más somos impresionistas que hacemos, inconscientemente, de nuestro capricho o nuestro humor una preceptiva aristotélica. Por eso desconfío de mis propias opiniones, aun siendo, como son, hijas de una sinceridad que nunca me abandona. Yo he visto el valle del Yumurí desde la cumbre y desde la ermita de Monserrate, y me ha parecido más bello desde un lugar que desde otro. ¿Por qué lo que a mí me desagrada ha de ser lo deficiente y lo imperfecto? ¿Por qué lo que me gusta ha de ser lo bello y lo exquisito? ¿No será, tal vez, porque en el primer caso miro el valle desde Monserrate y en el segundo lo veo desde la cumbre? Como todo es cuestión de perspectiva, mientras el objeto permanece inmutable, el "punto de vista" cambia según la posición que observamos."

He aquí el problema que en las postrimerías del pasado siglo preocupaba a nuestra gente de letras. ¿Era posible una crítica objetiva donde la personalidad del que juzga desapareciese por completo? Siempre tendría que manifestarse de acuerdo con un criterio estético, y se caería en los dogmas o cánones

de escuelas o sectas. Mientras menos personal la crítica, más seca, más adusta. A veces tal severidad puede conducir a los errores que se purgaron debidamente con los dómnes del neoclacisismo. El imperio de las reglas, predominante en la centuria del diez y ocho, cayó estrepitosamente y la liberación del artista fué un sonado triunfo del diez y nueve. La doctrina de la escuela naturalista francesa abrió otro horizonte. Ofrecía un método, y ese método era ya un contén para ciertos caprichos y extravagancias. Manuel Sanguily conciliaba las tendencias que por entonces se debatían, de esta manera:

“En mi concepto, toda crítica es científica, o no es crítica, y toda crítica, como cualquier obra humana, es eminentemente personal o subjetiva. Si hay una crítica a que llaman literaria, no es desde luego que carezca de base científica, de principios que la fundamenten, sino para determinar de un modo directo e inmediato sus puntos de vista especiales. Lo que sí suele suceder, y ha sido común y hasta característico, es que el crítico conozca las reglas literarias, mas no así las leyes de la naturaleza humana en que aquéllas tienen sus raíces, y ése por fuerza ha de ser, y ha tenido que ser, crítico estrecho de miras, superficial y sin filosofía.”

La agudeza del elemento subjetivo en la crítica dió amplio vuelo al impresionismo. La crítica impresionista en Cuba tuvo en Juan Clemente Zenea a manera de un precursor, en los esbozos que hizo sobre la literatura en Norte-América, de los cuales ha dicho Manuel de la Cruz que “el poeta está demasiado latente en el crítico”. Los cultivadores de esta tendencia crítica forman legión en nuestras letras y sus huellas las encontramos dispersas en prólogos a libros de amigos, diarios y otras publicaciones. Sólo dos nombres deseo citar por ser los más característicos y antagónicos: Aniceto Valdivia (*Conde Kostia*) y Emilio Bobadilla (*Fray Candil*).

El primero con su prosa laudatoria, llena de hipérboles, que a ratos ocultaban su intención irónica. El segundo, con su crítica negativa, dotada de una ruda sinceridad e independencia de criterio, que llegaba a exageraciones atrevidas y crueles.

*Conde Kostia*, alucinado por todo lo exótico, principalmente lo francés, hasta el punto de menudear los galicismos en sus escritos, rebosaba indulgencia, afabilidad, casi ternura. De una

fineza de espíritu que resplandecía hasta en las charlas íntimas, pulía sus trabajos con raro acicalamiento, como si un orfebre de los Médicis tallase una sortija de oro y esmeralda, bien escondido el secreto y diminuto recipiente del veneno. La labor de Valdivia queda, principalmente, en la prosa dispersa, algo versátil, improvisada e inquieta del diarismo; y entre la hojarasca muerta se adivina la curiosidad de aquel verdadero hombre de letras en perpetua renovación.

Emilio Bobadilla, forjado en la rancia cultura española, tuvo a Leopoldo Alas (*Clarín*), en los primeros tiempos, por maestro, aunque en el método, ufano declaraba inspirarse en Hipólito Taine; pero era demasiado nervioso para no traicionar las sugerencias reposadas de este conductor. Áspero, inconforme, seco, bilioso, egolátrico, con un perfecto dominio de la lengua, no perdonaba cuanto se apartase de su criterio estético o de su gusto personal. Se nos figura que cada día que pase, la labor de Bobadilla se irá diluyendo en la indiferencia. En la novelística suya, las almas no vibran, rugen los apetitos nada más; en sus impresiones de viajero, huraño e inconforme, falta todo sentido del paisaje; en sus graves versos de los últimos tiempos, hay esfuerzos de un hombre talentoso que no es poeta, por parecerlo. Al crítico de mal talante, con sus procacidades e insultos de ocasión, nadie habrá de recordar en lo futuro.

La indulgencia humana, no sabemos por qué, tiene un sentido más eterno que la crueldad. Hasta los grandes satíricos nos conmueven mejor en los momentos piadosos. Cada vez que Cervantes es indulgente con su loco genialísimo, se acerca más a nuestro corazón. Del crítico renovador que valientemente combatió y ridiculizó “verbalismos, falso lirismo, prejuicios sentimentales, efectismos ilícitos, ausencia de cultura, mal gusto, chocarrería tradicional”—como observara *Azorín*, uno de los espíritus avizores de España, que tanto se orientó en *Fray Candil*—, quedará sólo el recuerdo de una función artística que tuvo más bien caracteres sanitarios para el ambiente de la Península, en las dos últimas décadas de la pasada centuria.

Nos detenemos en Bobadilla para dirigir una mirada retrospectiva a aquellos otros escritores que en el ejercicio de la

crítica se conformaron mejor con la evolución que este género experimentaba en España. Y dejó para después las máximas figuras de José de Armas, Varona y Montoro, quienes sobre la base incommovible de una cultura profundamente clásica española, con ventaja indudable recibieron influencias muy poderosas de pensadores y críticos ingleses.

¿Dónde encajar, dentro de estos cielos, en que la vida literaria y la vida política del país se señalan por idénticas peripecias, aquella larga y laboriosa existencia de Ricardo del Monte, nacido en Cimarrones el 30 de julio de 1828—según el dato exacto de Figarola Caneda—, y fallecido en La Habana, en la era republicana, el 9 de febrero de 1909? Recibió de su deudo Domingo del Monte las primeras orientaciones, y con él viajó por Europa; las sugestivas pláticas del humanista amplio y tolerante fueron una guía para la inteligencia y hasta para la conducta del sobrino despierto, cuyas aptitudes se mostraban con la oferta de lo que luego había de ser: un poeta, un periodista, un crítico de acendrado gusto y sólida sapiencia.

“La obra literaria propiamente dicha de D. Ricardo del Monte—afirma D. Rafael Montoro—(12) no fué tan variada y numerosa como hubiera podido serlo si su dedicación al periodismo (en “El Siglo”, primero, en “El Triunfo”, “El País” y “El Nuevo País”, después) no hubiese absorbido casi por completo los más laboriosos años de su vida.” Y acaso también “porque el juicio refinado hasta la morbidez se lo estorbaba. El meticuloso no produce” (13). Hay al lado opuesto del facilismo y de los despeñaderos de la improvisación otro precipicio bordeado por el excesivo análisis. A él ha aludido uno de los más atormentados analistas, Amiel, cuando dice: “El grano molido en harina no puede ya nunca germinar”. Ciertamente, “El Arte en la Historia”, “El efectismo lírico”, publicados ambos en la “Revista de Cuba”, el prólogo a los

(12) Prólogo de D. Rafael Montoro a las obras en prosa de D. Ricardo del Monte, que la Academia Nacional de Artes y Letras con laudable esfuerzo ha comenzado a publicar. *Biblioteca de Autores Cubanos*. Habana, 1926.

(13) Artículo de Gabriel Zéndegui sobre Ricardo del Monte.

discursos, conferencias e informes de Montoro y la carta que dirigió al señor Arturo R. de Carricarte, como antesala para su novela "Noche Trágica", son los trabajos de mayor extensión y aliento dentro de la crítica.

Cuando Ricardo del Monte fallece ya no era un hombre de la época. Su época había pasado. Así le sucedió a Zambrana también. Como luminaria o conductor del pensamiento en Cuba, resultaba un superviviente al igual que en los nuevos derroteros de la política nacional. El gran secreto de la poderosa mentalidad de un Varona—hoy—como ayer de un Sanguily—ha consistido en no ser cadáveres vivientes. Y para ello nada rezan los achaques físicos propios de la ancianidad.

Hay otros achaques peores: los de la regresión en las ideas, en los gustos, en los sentimientos, que son los que nos hacen definitivamente viejos. La lozanía y la vivacidad no dependen de las arrugas del rostro, sino de las arrugas del entendimiento refractario que se aferra a lo que pasó, y que no sabe comprender lo que viene. Renán, en página memorable, habla con patético acento de esas vidas en las cuales los últimos años son empleados, entre la alegría zafia de los peores, en deshacer lo hecho en los valientes y trabajosos años de la madurez, y reclama para el Renán sano de espíritu y fuerte de ánimo, no para el reblandecido por las mermas fisiológicas y el acobardado por la inminencia de un largo viaje incierto, la atención de la posteridad. Nunca afirmaré—porque sería injusto—que Ricardo del Monte al rendir su jornada ya era un cadáver, como casi pudiera afirmarlo de Antonio Zambrana. Pero sí que era demasiado viejo, por los años y por el espíritu; con ese amor senil al reposo y al silencio, no quería que le hiciesen ruido las nuevas ideas, las nuevas doctrinas, tanto en arte como en filosofía. En el prólogo de la novela de Carricarte, a través de la límpida y tersa prosa se ve su melancolía, la suave melancolía del escritor atildado que cierra la puerta con sigilo, para que no se le perturbe con la inquietud de los que llegan desembarazados y atrevidos a poner alguna confusión en lo ya ordenado.

La raigambre hispánica de del Monte y las crisis sucesivas del artista, son cosas que él mismo relata con sinceridad encantadora:

“Niño aún, pasé a los brazos de la *alma mater*, que me amamantó a sus pechos exuberantes, con su leche copiosa y sana: la gran nodriza, la rancia, la vetusta literatura clásica. Poco después se embebió mi espíritu en otras fuentes: las de la literatura inglesa, particularmente la del siglo XVIII, para dejarse arrebatar a los comienzos del XIX, conmovido y convulso, por el estruendoso y sublime torrente de la poesía byroniana, de suerte que me hallaba bien preparado, y aun más por el deleite que había encontrado en los libros de Madame Stäel y de Chateaubriand, para acoger el nuevo evangelio literario, acatado ya en Francia, que se propagaba con asombrosa rapidez en todas las regiones del orbe. Pocos años habían pasado desde la proclamación y el triunfo de esa revolución sorprendente; ya estaba en su apogeo cuando atraído y encantado por los plañideros y melodiosos acordes del cantor de “Las Meditaciones”, entré de lleno en el Palacio Encantado en que resonaba la sublime trompa de Víctor Hugo.”

Pero aquel estupor y deslumbramiento romántico duró poco en del Monte:

*a florecer las rosas madrugaron,  
y para marchitarse florecieron,*

“¿Por qué esa decadencia en mitad de la edad viril? No recuerdo que ningún historiógrafo o crítico literario, haya explicado el hecho, y esto me invita a decir mi conjetura. Mientras la nueva escuela, animosa y fuerte, se espaciaba triunfalmente en los dominios del arte, ocurría en la más alta esfera intelectual la aparición de un innovador poderoso, que allí iniciaba otra revolución destinada a agostar las flores deliciosas, los frutos riquísimos en que se recreaba la grey común, aun no iniciada en las desabridas verdades que ya sembraban los apóstoles de la nueva filosofía.”

Fué Augusto Comte. El llamado positivismo venía predestinado a ahogar el romanticismo. Y del Monte, en párrafos que antes reprodujimos, explica el fenómeno interesante de una tendencia artística que surge y se desarrolla, en los mismos momentos en que una nueva filosofía le es hostil y la exterminará prontamente.

A los estertores del romanticismo, Ricardo del Monte comienza su regresión a los clásicos. Proudhon le asusta; Zola y Tolstoy no le entusiasman; la crítica impresionista parécele una abdicación de responsabilidades, y las tendencias acráticas de ciertas capillas nuevas y prédicas de apóstoles negativos, repúdialas con la mayor entereza. Donde falten dogmas o preceptos no puede haber verdadero arte, ni arte duradero; tal es en definitiva su protesta. Del Monte desde "la Arabia pétrea de la prensa política"—frase suya—sólo pequeñas incursiones hacía a los oasis de la crítica literaria, siempre fijando sus conceptos con cuidado y circunspección, desconfiando de lo nuevo y sin temor alguno a convertirse en la bíblica estatua de sal, miraba hacia atrás con demasiada insistencia...

Manifestación cumplida de la crítica verdaderamente depuradora, imparcial y documentada, como de quien hizo de su vida una consagración a las especulaciones literarias, fué D. José de Armas y Cárdenas, universalmente conocido también por su seudónimo *Justo de Lara*, que tomó de la comedia lacrimosa de Jovellanos, "El Delincuente Honrado". (14).

Fué Armas un caso de precocidad cuyos gratos augurios luego se confirmaron. A los diez y ocho años, en 1884, publica su primer trabajo de seria erudición: "El Quijote" de Avellaneda y sus críticos", y Don Marcelino Menéndez y Pelayo dice en una carta al padre de Armas, que le había enviado la obra:

"Esta lectura ha sido para mí (se lo digo a usted con toda sinceridad) la revelación de un nuevo crítico que honrará mucho la literatura española si persiste en la senda que con tantos bríos ha emprendido. Aplaudo en él la independencia de los juicios, el buen gusto constante, la erudición nada vulgar, el recto sentido, la facilidad del estilo y el conocimiento perfecto del asunto."

---

(14) La adopción del seudónimo fué homenaje a su abuelo materno, D. Nicolás de Cárdenas y Rodríguez, director de la Sección de Declamación del "Liceo de La Habana", que tanto éxito alcanzó al representarse dicha obra, caracterizando el aludido personaje, y, acaso también, por la *severa austeridad* de este tipo de juez que Jovellanos creó más bien como un símbolo que como un tipo verdaderamente humano.

En el mismo año publicó Armas "La Dorotea", de Lope de Vega, donde se aprecian sagaces investigaciones. Meses después pronuncia una conferencia en el "Liceo de La Habana" sobre Lope de Vega. Al año siguiente la "Revista Cubana" acoge sus estudios sobre los contemporáneos de Shakespeare y sobre los humanistas del Renacimiento. Y a los veinte años, en los "Lunes de "La Unión Constitucional" su nombre se consagra como el de un crítico serio, atinado, cuya reputación el tiempo se encarga de engrandecer.

Entre los más ilustres discípulos de Menéndez y Pelayo en la historia de las letras castellanas, queda ya el nombre de Armas. Cervantista de primera fuerza, desentrañó de la vida oscura y de la obra alucinante del genio de la lengua, las doctrinas y teorías más originales, reveladoras de la erudición pasmosa y del poder analítico que siempre se reflejan en los numerosos estudios que le consagró.

Dominaba a la perfección el inglés, el francés y el italiano, y en aquel idioma escribía con tal soltura, que durante largo tiempo fué redactor y corresponsal de grandes diarios neoyorquinos; a su culto por Cervantes y Lope se unió siempre su devoción a Shakespeare. El comercio con varias literaturas le permitió—como aconsejaba Martí—la manera de libertarse de las trabas de cualquiera de ellas. No por eso hubo de perder su estilo la pureza y el casticismo, lo que nos permite formar con él, Varona y Montoro la trilogía de nuestros acendrados hablistas contemporáneos.

Como crítico, Max Henríquez Ureña señala así sus cualidades temperamentales: "Su crítica es la de investigación, de compulsión, de análisis, nunca la crítica de impresión". El propio Armas, en los comienzos de su carrera como juez literario, señaló la pauta que siempre hubo de distinguirlo, en estos conceptos:

"La crítica literaria debe inspirarse siempre en un espíritu amplio y liberal, ajeno a las creencias religiosas, a la política y a los exclusivismos de partido, porque el arte, que está por encima de todas las humanas pasiones, no reconoce diferencias que no sean las de lo bueno y lo malo, lo verdadero y lo falso. Cuando la crítica abandona la línea de

conducta que le es propia para trabajar al servicio de otros ideales que no son los suyos, cae en los más lamentables extravíos, en los más evidentes errores. Nada se presta tanto a la censura como el pernicioso afán de la gran masa de escritores protestantes, de encontrar defectos y descuidos en las mejores obras hechas por católicos y negar a veces rotundamente su valor. Scherer, con ser tan discreto crítico, ha caído en tan lamentable debilidad al poner con extrema saña en tela de juicio la sublime elocuencia de Bossuet, igualándose a los ciegos admiradores de Felipe II, para los cuales, desde Lutero acá, no se han escrito sino disparates en los países donde predominó la Reforma. No ha de ser semejante criterio el que guíe a los que juzguen en materias literarias y artísticas, porque así imposible se haría el acuerdo de la opinión pública sobre el mérito de libros cuyo asunto es independiente de las reñidas disputas teológicas, desde el instante que éstas invadieron el campo que debe ocupar la imparcialidad y, como lógico resultado, la independencia de toda clase de preocupaciones.”

Menéndez y Pelayo,—que tan armoniosamente supo unir su cultura humanista con su espíritu de poeta, fué seguro guía de Armas, en la obra renovadora que se impuso, sin que el discípulo cubano—tan cubano que supo servir sin estridencias y con verdadera eficacia la causa de la Revolución en el momento oportuno en que sus dotes personales eran necesarias para la mejor inteligencia de sus compatriotas con los norteamericanos—, cayese nunca en los fallos lamentables de Don Marcelino, cuando las ideas políticas o religiosas le turbaban la serenidad o le extraviaban la mirada justiciera.

“El Quijote y su época”, “Historia y Literatura”—que premió la Academia Nacional de Artes y Letras—, su conferencia sobre Cervantes en la literatura inglesa, “Estudios y Retratos”, “Cervantes y el Duque de Sessa”, amén de los opúsculos ya mencionados, señalan hoy las características del crítico, del cervantista, que ejerció con su bien perfilada pluma un ministerio inolvidable.

Ojalá que algún día la diligencia de cuantos aprecien la claridad y tino de aquel talento que tanto nos enorgullece, recojan su labor dispersa en revistas y diarios, desde los célebres “Lunes” de “La Unión Constitucional” hasta sus correspon-

dencias en "El Mundo", sin olvidar las cinco ediciones de su personalísima publicación "El Peregrino" (15).

Así tendrán las generaciones venideras el medio seguro de comprender lo que representó en nuestro periodismo y en nuestras letras. En tan copiosa producción no es sólo el escritor esclavo de la actualidad, cuya visión es transitoria, sino la palabra reflexiva, la madurez de juicio y la bondad inalterable, piadosa, como de quien, en la fecunda quietud de su gabinete, sufrió la vida con estoicismo, sin que lograsen desesperarlo las hadas malévolas que siempre giraron en torno de su hogar, entristecido por quebrantos crueles y santificado por el afecto bendito de todos los suyos.

Antonio Zambrana, orador y maestro, de elocuencia castellanina, de arranques hugonianos, ejerce limitadamente la erítica, sacrificando no pocas de sus ideas a una retórica poética cuya pompa frágil ocultaba la falta de substancia. En un libro poco divulgado en Cuba, que denominó "Prensa y Tribuna" (Quito, Ecuador, 1912) recogió lo más sobresaliente de sus discursos, conferencias y artículos; y allí está el escritor con todas sus cualidades, más gratas al oído que convenientes para la sana razón. Los trozos de su trabajo "La poesía en la Historia" son los más meditados. Su catolicismo amplio tiene momentos de elevada emoción y a veces denota la influencia de Renán, a cuya muerte dedicó páginas sentidas. Las "Ideas de Estética, Literatura y Elocuencia" tejen con cierto método sus opiniones de maestro, que regó devotamente entre la juventud de Centro-América. Acaso, con un temperamento menos veleidoso, su obra hubiese sido de mayor intensidad en el pensamiento continental. Surgió aquel tribuno de Guáimaro en una apoteosis de gloria y de sacrificio. Fué transigiendo con realidades penosas, en desacuerdo con sus primitivos ideales. La vida le fué arrancando a jirones sus rebeldías puras y desinteresadas, y llegó a convertirlo en una sombra fugitiva de

---

(15) Armas colaboró principalmente con sus correspondencias desde Europa en el "Diario de la Familia", "Diario de la Marina", "La Discusión", y "Heraldo de Cuba", y con artículos literarios de la "Revista Cubana", y "El Fígaro", todos de La Habana.

sí mismo. Vino a morir, silencioso, a la tierra que tanto quiso. Y lo acompañamos al lugar de su descanso eterno muy pocos, acaso los menos obligados. Ni la raza de color, cuya libertad plena proclamó con Agramonte en Guáimaro, estaba allí, ni el pueblo tampoco: sin duda porque ya lo suponían muerto.

Debo trazar ahora la fisonomía intelectual de dos cumbres de nuestra cultura, que son símbolos vivientes de dos grandes momentos históricos, no por distintos en lo pasado, antagónicos de la actualidad: Varona y Montoro. Ellos dos únicamente quedan como representantes de una generación que ya se fué, después de haber cumplido la triste misión del sacrificio y cuya gloria pesa sobre nosotros, ignoro si como un estímulo o como un reproche.

El viejo separatista y el viejo autonomista pueden darse la mano ante la Historia, seguros de que si trataron de servir a Cuba de diverso modo, la amaron de igual manera. Pero debo alejarme de la significación política que ambos hombres tuvieron en nuestras pasadas aspiraciones, para fijarme en los dos, únicamente, en el ejercicio de la crítica literaria. Ni en la filosofía el uno, ni en la oratoria el otro, deben detenerme, aunque comprendo que esas condiciones predominantes, en Varona el filósofo y en Montoro el orador, son elementos que no se desligan en la apreciación de la labor crítica de ambos. La serenidad, nunca frialdad, y penetración profunda y aguda de Varona son legítimas resultantes de sus especulaciones y disciplinas, como el entusiasmo, la viveza y el auge de la fantasía sobre la meditación marcan las huellas del tribuno, en Montoro.

Sobre la formación de Varona, Alfonso Hernández Catá ha vertido estos conceptos que gustoso suscribo:

“De Francia adquiere el escritor dos virtudes primarias: claridad y medida; de los anglosajones idealismo, fuerza; de los germanos, método, minuciosidad, paciencia para llegar hasta las raíces de las cosas. La erasitud que todavía entonces tenía el castellano en la mayoría de sus cultivadores, falta ya en los primeros escritos del pensador de Camagüey. El adjetivo es siempre justo y no se enyuga al nombre por hábito enfónico, sino para darle forma, color, modalidad exactas; la cláusula es más ágil; aquel abrumador encadenamiento de relativos desaparece; la

musicalidad rotunda de los largos párrafos oratorios se trueca por otra música más íntima, sedosa o áspera, susurradora o tempestuosa, pero infinitamente más comunicativa.”

Y aunque en la ironía leve de Varona y en su desencanto sonriente veamos la estela que dejaron al pasar por las aguas de su espíritu Renán y Guyau, ciertamente sería impropio afiliarlo a esta u otra tendencia, pues como él mismo le dijo a Ventura García Calderón “ni las religiones ni las escuelas filosóficas pudieron encerrarme en un círculo, mágico, sí; pero estrecho al cabo”: ha sido siempre “una sensibilidad, ora aguda, ora embotada, siempre inestable como que voltea a todos los soplos de la emoción”. Acaso por tal actitud, Varona, a pesar de sus años, no ha sufrido esas parálisis, peores que las físicas, que constituyen el peor mal del entendimiento y del espíritu. Con las ventanas abiertas de par en par a todos los soplos renovadores y progresistas y dirigiendo su mirada comprensiva a todos los horizontes, este gran viejo, con sus ochenta años a cuestas, es uno de los mentores de la juventud batalladora de la nueva América, de la América que habrá de surgir cuando purgue todos los errores del coloniaje y todas las torpezas de sus déspotas y caudillos, de la América verdaderamente pura, libre y emancipada tanto en lo político como en lo espiritual, que todavía no es más que una quimera en unos pueblos y trastornador delirio en otros.

Ya he señalado la importancia que tuvo la “Revista Cubana”, de Varona, en un especialísimo período de nuestra cultura; para encontrar, además, su labor crítica sería preciso recorrer nuestras principales publicaciones literarias—“El Fígaro”, en primer término—donde tanto colaboró. Quiero señalar, sin embargo, sus conferencias sobre Cervantes, Víctor Hugo y el filósofo norteamericano Emerson, y sus libros “Desde mi belvedere” y “Violetas y Ortigas”, en los cuales recogió diversidad de artículos en que desarrollaba aspectos críticos interesantes, sutiles observaciones, frutos de su insaciable y copiosa lectura.

Lo mismo que en Varona, se advierte en Montoro un amor al concepto más que a la frase, una sobriedad en la exposición,

que no son propios del genio español, y que sin duda en ellos se grabó tan fuertemente por la impresión vigorosa de su comercio intelectual con los pensadores ingleses de la última centuria.

Las demandas de la lucha política intensa han impedido a Rafael Montoro mayor dedicación a las puras labores de la crítica literaria, para la que ha acreditado cualidades excelentísimas, pues aunque más bien haya pecado de bondadoso que de exigente, sus finas dotes de observador y la limpieza con que trabaja sus párrafos y el tacto con que siempre levanta todo empeño noble, nos permiten ver, aun en aquellos prólogos que la solicitud del buen amigo reclama, una discreción y un cuidado en sus afirmaciones que serán recordados siempre como uno de los tantos matices de su vigorosa personalidad en nuestra cultura.

Pudiera terminar mi trabajo en ese momento culminante en que Cuba obtiene su independencia nacional. Están muy cerca de nosotros los que surgieron como jueces literarios durante este cuarto de centuria, en un medio más bien propicio a las especulaciones mercantiles que a las espirituales.

Ha sido una época de transición; la voz de los maestros—Piñeyro, Sanguily, Armas y Varona—, resonaba con autoridad para los altos empeños del nuevo sentido que debíamos dar a la ilustración en este país. Pero eran voces aisladas, y se han perdido no pocas veces entre el ruido de las pasiones y las exigencias materiales de reponer los quebrantos de largos lustros de infortunio, duelo y miseria.

Jesús Castellanos—noble espíritu que perdimos demasiado pronto—pudo con razón decir estas palabras:

“El intelectual de los grandes centros de población es un hombre que reparte lo mayor y mejor de su actividad en el refinamiento constante de sus ideas, pero se distingue especialmente por su apostolado perenne indirecto, escribiendo libros, organizando academias, entrando en las polémicas ideológicas, contestando a las *enquetes* de los periódicos, viviendo una vida que, ayudada quizás por un poco de exhibicionismo, trasciende a la conciencia pública y contribuye a su más recta dirección. Lo que aquí llamamos intelectuales—seguramente por causas económicas en gran parte—, es la mitad brillante de un abogado o un médico que de vez en

cuando tiene tiempo de leer un volumen y pierde de leer cuarenta que esperan en vano en su biblioteca; la nostalgia de un profesional que anda siempre a pleito con las horas de su reloj, sin que ninguna le quede para vivir espiritualmente un poco con su pueblo, pálido cuarto menguante de una luna que no tarda mucho en desaparecer... Comprendido como en otros países el concepto, hay que convenir que en Cuba no hay intelectuales: sólo hay hombres inteligentes.”

Sin duda, aquella “Sociedad de Conferencias” en que tanto le ayudó Max Henríquez Ureña, de una parte, y el *Ateneo*, en su primera etapa, por la acción entusiasta y fecunda de José Manuel Carbonell, de otra, fué como un despertar del alejamiento. Poco después la acción del Gobierno creando las Academias Oficiales—1910—y publicaciones como “*Letras*”, “*El Fígaro*” y “*Cuba Contemporánea*” dieron nuevos impulsos y una conciencia más clara de las responsabilidades superiores de la República, como son el desarrollo e intensificación de la alta cultura, y de modo principal, el mantenimiento de esa magistratura de la crítica, organismo vital que asimila e incorpora o expulsa y destruye en la oferta y demanda de todas las ideas.

Debo mencionar nombres de esos trabajadores asiduos que, arrostrando los inconvenientes de una sociedad, más apegada al elogio insincero que a la depuración bien intencionada, en libros y diarios han sostenido su pensamiento, libre de todo mezquino compromiso. ¿Por qué no?

Comienzo por Jesús Castellanos, cuyos folletones de “*La Discusión*” fueron como una ventana llena de gracia y simpatía abierta sobre los horizontes literarios todas las semanas.

Mariano Aramburo, suspendiendo los graves estudios de Derecho, su trato severo con los Códigos y Jurisprudencias, para lanzar una mirada doctrinal, cuidadoso del casticismo del lenguaje y para reprimir las exageraciones admirativas que despertaban los poetas renovadores. La mesura y cierto tinte dogmático, revelados en libros tan característicos como “*Monógrafos Oratorios*”, “*Literatura Crítica*” y el estudio sobre la Avellaneda, le han conquistado a Don Mariano Aramburo un lugar inconfundible entre nuestros críticos conservadores.

Él cree que la Retórica y la Poética pueden ser todavía útiles para la disciplina del escritor... y con ciertas reservas le acompañaría en este tópico viejo que ahora resulta un poco atrevido.

Mario Muñoz Bustamante, que vivió en un perenne nerviosismo, como de prisa, afanoso de crear antes que la tisis derrumbase todos sus sueños; y que pudo, como Chenier, en el patíbulo, golpearse la frente, porque también se llevaba un mundo de anhelos.

José Manuel Carbonell, que pone tanto calor y optimismo en cuanto toca, cuya significación como poeta no es de la índole de este trabajo, como tampoco la de Muñoz Bustamante y Jesús Castellanos en la novela, pero que no es posible se silencie ya por nadie su aporte valioso a nuestra historia literaria con la serie de trabajos que ha ofrecido en esta misma Institución sobre los valores líricos de "El Laúd del Desterrado", y el que realizó con los diez y ocho tomos de la "Evolución de la Cultura Cubana", un ciclópeo esfuerzo que bien merece los plácemes más congratuladores.

José Antonio Ramos, lleno de inquietudes, sobrio y fuerte escritor, temperamento crítico por naturaleza, a quien la dedicación a empeños literarios de otra clase le ha vedado consagrarse ampliamente a un género para el cual se halla admirablemente dotado.

Arturo R. de Carricarte, sustraído a la crítica literaria por otras disciplinas y afanes; pero hecha ya una labor que espera recolección y pulimento.

Emilio Gaspar Rodríguez, ensayista de observaciones finísimas, que burila la prosa con deleitamiento y sugerencias de artífice renacentista.

Miguel Ángel Carbonell, rotundo y amplio, de imágenes que vuelan con el mismo señorío y confianza de un cóndor sobre cumbres. "Hombres de Nuestra América" y "Evocando al Maestro" son dos libros de emoción mantenida. Bien dijo Muñoz Bustamante que Miguel Ángel Carbonell era ya una realidad, sin dejar de ser una esperanza.

¿Y cómo no recordar a Bernardo Barros, el malogrado compañero, aunque especializase más bien en la crítica pictórica, a

quien la muerte dió cita en los precisos momentos en que esta Academia le abría sus puertas y tantas esperanzas en él se cifraban?

José María Chacón y Calvo se reveló en plena adolescencia—al igual que Armas—con dotes verdaderamente excepcionales para la investigación acuciosa y paciente. La serenidad y el aplomo de sus juicios, impropios de ese momento de la vida en que las agitaciones externas nos apartan de la meditación constructiva, se manifestaron en sus ensayos sobre los romances tradicionales, los orígenes de la poesía en Cuba y su conferencia sobre José María Heredia. La colección antológica de las “Cien mejores poesías cubanas”, amén de otros ensayos y artículos, le han ganado un crédito, que cada día va en aumento, entre los críticos de habla española. Espíritu selectivo, fino, ponderado, une a la reflexión atinadísima cierta movilidad que le permite apreciar las inquietudes nuevas. Quizá, por los comunes dogmas que le estrecharon desde temprano a Menéndez y Pelayo, siguiere demasiado cerca las ideas y hasta las prevenciones del maestro; pero alienta en él un afán comprensivo que le salvará de las limitaciones que Don Marcelino no pudo evadir.

A la trascendental labor que realizan en sus respectivas cátedras, se unen los valiosos trabajos sobre historia literaria, tanto de España como de Hispano América, de varios académicos ilustres.

Max Henríquez Ureña, un prestigio de la América Latina, de profundo saber y disciplina. Constituye una fuerza dinámica para la cultura dondequiera que se encuentre. En Santiago de Cuba—ya recordé su acción en La Habana—con el “Ateneo de Oriente”, primero, y ahora con la sociedad de conferencias “Hispano-Cubana”, impulsa toda gestión que propenda al mejoramiento intelectual. Su revista “Archipiélago” (16)

---

(16) Max Henríquez Ureña tiene un precioso trabajo titulado “El ocaso del dogmatismo literario” que no deben desconocer cuantos tienen la obligación de enseñar la cadavérica Retórica.

y las "Tablas Cronológicas de la Literatura Cubana" merecen especial encomio.

Salvador Salazar, aparte de sus estudios monográficos sobre R. Cabrera, Milanés, Saco y Mendive, desde el sitial universitario que honrosamente ocupa, con un denuedo y fervor que mucho le enaltece, entusiasma a la juventud y la interesa por los estudios literarios, como no se recuerda en épocas anteriores, en aquel alto centro docente. Su "Historia de la Literatura Castellana", que alcanzará seis volúmenes; su texto de "Literatura Cubana" para los Institutos y Normales, y la revista "Alma Cubana", donde difunde ricos tesoros de nuestras letras, van consagrando una nobilísima gestión que sería injusto no consignar aquí, alentándola con sinceridad y aplauso merecido.

En otro centro de enseñanza, un compañero, Juan J. Remos, a quien adornan finas cualidades de artista, de un entusiasmo que a veces quebranta la parsimonia del crítico, inicia las generaciones nuevas en ese amor a las letras, y sus textos y ensayos, y el fanal que ha levantado con la revista "Ideas" bien merecen las congratulaciones de cuantos se interesan por que salgamos de modo definitivo de la apatía colectiva que tiempo mantuvo en plano secundario la dedicación a nuestros propios valores, por admirar más de lo debido cuanto el extranjero exaltaba.

José Antonio Rodríguez García, el viejo filólogo, autor de la monumental "Bibliografía de la Gramática" y del prolijo estudio sobre la Avellaneda, maestro de varias generaciones, ha publicado más de setenta obras de carácter didáctico y crítico. Le daña una excesiva modestia que no podrá apagar en la historia del profesorado cubano sus cuarenta y cinco años de servicios a la cátedra.

Todos ellos, junto a Carbonell y a José María Chacón, con su examen directo, sus investigaciones y reparos, van levantando el edificio, seguro y firme, de la historia literaria cubana, que Bachiller y Morales, Mitjans y Manuel de la Cruz nos presentaron en estructura, y que fijará definitivamente la personalidad cubana en el mundo del pensamiento y de la belleza.

Un grupo nuevo ha surgido después de la Guerra Europea, entre los que no faltan espíritus alertas como José Antonio Fernández de Castro, Félix Lizaso, Jorge Mañach, Francisco Ichaso, Alberto Lamar Schweyer, Emilio Roig y Juan Marinello, quienes miran con fervor nuestro pasado y se preparan para la gestión futura. Formaron una capillita, con tendencias negativas a cuantos no fueran de su camaradería. Esas actitudes hostiles son insubstanciales y disgregantes. Pareció un movimiento de repulsa hacia todo lo "académico", a reserva de convertirse en "académico" en cuanto la oportunidad se presentara. De ese núcleo quedará lo que debe quedar. Ya lo dijo Kempis: "No somos mejores porque nos alaben ni peores porque nos denigren." Y de cualquier modo, los esfuerzos generosos, bien intencionados, son los que logran plasmar la conciencia colectiva. La crítica es necesario ejercerla sin debilidades sentimentales y sin pasiones momentáneas, pues, de lo contrario, es ineficaz su acción.

Es posible se me tache de olvidar algunos valores como Diego Vicente Tejera, Esteban Borrero Echeverría, Varela Zequeira y Márquez Sterling. Entre las diversas manifestaciones de esas figuras encontramos un aporte limitado a la crítica, cierto.

Tejera recopiló bajo el título "Un poco de prosa" varios artículos de corte literario, donde fácilmente se advierte la falta de pulimento. Demasiado superficial, parecen mejor impresiones de simple lector. El título ya lo dice: hay como un escrúpulo de no ofrecer mucho, El descuido en el léxico y en los giros se ve también. Rara es la página en que no se encuentre un *pero* o un *mas* que atormentan. Prefiero mil veces al encantador poeta de *La Hamaca*.

Borrero Echeverría, que nos regala al celebrarse el centenario del "Quijote" un ensayo sagaz y comprensivo, prevalece, por sobre todas las raras virtudes de su temperamento genial, como un satírico, de tal refinamiento, que las fibras del atormentado Cervantes reviven en este vástago legítimo que le nació en Cuba.

En cuanto a Márquez Sternig—estadista, diplomático, psicólogo—pienso con Jesús Castellanos que no es un buen crítico; “le falta precisión en el estilo, un tanto difuso para expresar juicios categóricos como para apuntar cualidades y defectos.” (17) Pero también con Castellanos debemos convenir en que ese hombre meditativo y sutil es un vigoroso impresionista, fino observador de la vida y un tanto burlón, que ha acariciado todas las ideas literarias y todos los dogmas filosóficos con cierta castidad caballerosa, como de novia que sabemos no hemos de llevar a ningún altar. Seguramente esa actitud nos ha privado del crítico; pero le ha dado otros matices a su enjundiosa labor, permanente y respetable.

Y ya que de mis preferencias hablo, no debo silenciar las excursiones de Varela Zequeira en su mocedad al campo de las letras. El médico ahogó al poeta y al crítico. Yo prefiero, por lo tanto, al médico. La culpa es de él y no mía.

Ante el panorama que presenta el ejercicio de la crítica en nuestra literatura, he procurado señalar, hasta donde mis reflexiones me han permitido, el criterio artístico, el método seguido y las influencias preponderantes de cuantos, con mayor o menor éxito, tuvieron conciencia cabal de su misión. Cómo habrá podido fijarse en un proceso fragmentario, sin desarrollo continuo y normal, de alternativas disímiles, entremezcladas con las vicisitudes históricas del país. Si lo quisiera dividir en períodos, trazaría este cuadro:

PRIMERO: Iniciación. Domingo del Monte y sus discípulos. Características. El arcadismo del siglo XVIII.

SEGUNDO: Lapso de la Revolución del 68. Crítica retórica estéril. Representativos. Villergas y Posada.

TERCERO: Crítica científica. De 1880 a 1895. Influencia del Positivismo. Desarrollo del método de Taine. Representativos: Merchán, Piñeyro, Sanguily, Varona, Mitjans, Montoro, Manuel de la Cruz.

---

(17) Jesús Castellanos. “Prosa Libre.” Pág. 344. Tomo I. Colección Póstuma publicada por la Academia Nacional de Artes y Letras.

CUARTO: De 1895 a 1910. Dos tendencias. Influencia del naturalismo. Crítica impresionista. Representativos. Nicolás Heredia, Emilio Bobadilla, Aniceto Valdivia, Jesús Castellanos. Desarrollo del método histórico-comparativo: José de Armas, Mariano Aramburo.

QUINTO: De 1910 a nuestros días. Dos grupos:

- a) Persistencia de la escuela naturalista francesa: José Manuel Carbonell, Emilio Gaspar Rodríguez, José Antonio Ramos, Arturo R. de Carricarte.
- b) Método histórico comparado. Chacón y Calvo.

¿Qué demandan las nuevas orientaciones del pensamiento contemporáneo? Menéndez y Pelayo decía que "no basta con inventariar los hechos y someterlos a la más minuciosa crítica externa, ni estudiar sus causas y efectos sociales, porque la obra de arte, antes que colectiva, es individual, y tiene sus raíces en la psicología estética, de la cual debe participar el crítico, no sólo como conocedor sino en cierto grado como artista" (18). *Azorín* insiste en los deseos del insigne polígrafo, y no se conforma con una crítica erudita, sino con una crítica psicológica; no una enumeración, sino una interpretación. Esa interpretación, equilibrada, serena, no se consigue únicamente por aquel medio que proclamaban los naturalistas franceses, juzgando la obra a través del temperamento del crítico. Intervienen otros factores. La personalidad del autor debe respetarla el crítico; ser colaborador primero, y después su juez; así podrá acertar mejor, porque habrá mayor comprensión. Este cuadro de un pintor noruego representa una campesina de carnes verdes y moradas. Mi primera obligación debe ser penetrarme con el artista para apreciar debidamente por qué la campesina tiene carnes verdes y moradas. Debo cerciorarme de si él la vió así con los ojos de su espíritu, y no condenarlo, porque yo la haya vista de otra manera con mis ojos materiales.

---

(18) M. Menéndez y Pelayo, "Ensayos de Crítica Filosófica", pág. 382.

Para interpretar, fuerza es comprender primero. Un criterio estético, cualquiera que éste sea, es respetable; el crítico bien orientado, justo es que lo tenga; pero que no lo convierta en horcas caudinas. Una gran dosis de bondad se necesita para comprender la vida; mayor dosis aún para comprender el arte...

Después de escrito este párrafo me asalta una duda. ¡Comprender! ¿Reclamo algo utópico? El viejo Anatole sopla en mis oídos: “Crear el mundo es menos imposible que comprenderlo.”

.....

La ventana abierta de mi cuerto de trabajo es un marco donde se recoge este paisaje rural. Hay un sol tibio de invierno. En el primer plano, un campo de cultivo. Después, la suave ondulación de una loma tímida. Al fondo, las palmas. Sobre la derecha, una callejuela ruín, pedregosa, con sus bohíos tristonnes. Más allá, los muros desvencijados de un cementerio, de un cementerio de pueblo pequeño. Sobre todos los matices del verde de los sembrados y del gris obscuro de la tierra, predomina un azul, limpio, diáfano, un azul que cae de los cielos, como una bendición. Con su yunta en pleito, un buen gañán ara la tierra y parece roturarla sin gran fatiga. Canta una vieja décima, y no sabe que le observo la jocunda alegría con que rinde su faena.

Seguramente dentro de las tapias de ese cementerio, medio abandonado, que goza de la absurda belleza del olvido, están los huesos de sus mayores, pobres como él, trabajadores como él y que, como él, también cantaron viejas décimas mientras los bueyes trazaban los surcos.

Veo la heredad de la muerte junto al campo donde la vida se fecunda. Percibo el silencio de los que reposan como el canto del que trabaja. Me parece que a la tranquilidad de esas tumbas humildes debe llegarle un eco vago, impreciso, de la canción vulgarísima de este mozo, como diciendo a sus abuelos: “Continuad vuestro sueño; la tradición de trabajo fecundo, de esperanza en los frutos y de alegría jovial no se inte-

rumpe; yo sigo haciendo lo mismo que vosotros hacíais; trato cada vez de hacerlo mejor.”

He vuelto a mis cuartillas. Tantas evocaciones de nuestros hombres del pasado, el recuerdo de sus luchas por elevar a Cuba intelectualmente, los ecos de sus palabras, llenas de luz y de amor, y la visión final de los que ahora siguen roturando el mismo campo, con igual afán, con idéntica fe, con el mismo anhelo de belleza, me parece que también dicen, sin palabras, a los que se fueron: “Continuad vuestro sueño; la tradición de trabajo fecundo, de esperanza en los frutos, de alegría jovial, no se interrumpe; seguimos haciendo lo que vosotros hacíais; trataremos cada vez de hacerlo mejor.”

---



DISCURSO DE CONTESTACIÓN AL DE INGRESO DEL DR.  
ANTONIO IRAIZOZ, COMO MIEMBRO DE LA SECCIÓN DE  
LITERATURA, LEÍDO POR EL ACADÉMICO SR. MIGUEL  
ANGEL CARBONELL, EN LA SESIÓN SOLEMNE CELE-  
BRADA EL DÍA 9 DE ABRIL DE 1930.



SR. PRESIDENTE,

SRES. ACADÉMICOS:

o pudo conferirme la Academia Nacional de Artes y Letras encomienda más satisfactoria que esta de contestar su discurso de recepción al brillante adalid de nuestras letras que acaba de desgranar dadivosamente los tesoros de su cultura, estudiando con acuciosidad y con acierto la crítica literaria en Cuba, desde su humanística feliz alborada con Domingo del Monte en el primer tercio del pasado siglo, hasta el actual período de transición en que, con más violencia que justicia, pontifican los corifeos del es-  
tridentismo en un renovado afán de decretar excomuniones.

Vinculado a Antonio Iraizoz por una fraternidad sentida y por la profesión de idénticos ideales, nada podía ser a mi espíritu tan halagador como hacer esta noche el recuento de sus blasones intelectuales, destacando su personalidad, que tiene a mis ojos la virtud primordial de haber sido tallada, con vocación de autodidacta, en el recio yunque de una voluntad in-  
mune a la fatiga.

Periodista, orador, literato, pedagogo, antes de apurar en los libros el conocimiento erudito, ya Antonio Iraizoz había estudiado humanidad dilatando las pupilas, en el arranque de la juventud, sobre las arideces de la vida. Anticipándose a los años, supo del dolor, que si aniquila al escéptico, atempera el carácter en los poseedores de reciedumbre espiritual. Observó pronto el duelo sordo entre la virtud y el delito, entre la capacidad y la osadía, entre lo que se arrastra y lo que vuela.

Conoció de los reveses de la lucha desinteresada y límpida, de la mordedura de la envidia, del recelo sectario, de las manos que sangran en el amasamiento de los pueblos. Vió a la generación surgida en el albor republicano dar el pecho a los debates de su patria, contempló con ojos expectantes la transición de la Colonia a la República, vivió en la redacción de "Cuba Libre" el fervor revolucionario, aprendió la epopeya de labios de sus rapsodas y penetró sus poemas de gloria y de martirio. Llegó a hombre nutrido de ideales y decidido a luchar por la ventura de su pueblo. Se hizo maestro y periodista. En el aula enseña; en el periódico calcina. Su pluma, indócil todavía, rasga las primeras cuartillas. Asoma en ellas, a ratos, por entre brotes de agresiva hilaridad, la sonrisa de Larra. "La Prensa", tribuna de sus primeros ensayos, le abre, bajo el pseudónimo de Tit-Bits, las puertas de la popularidad. Hay entonces en él el espíritu alerta, la mente ágil, el fervor combativo, el ansia de llegar. No es todavía el hombre hecho al estudio de problemas serios; pero los elementos dispositivos se están exteriorizando. Es superficial en la factura; pero sabe hacer impactos con el dardo. Combate por el ideal, es catapultada contra la superstición y la mentira, ríe con carcajada que mueve a cólera. En la redacción de "La Noche", diario cuya dirección ejerce luego, desenvuelve y consagra su personalidad. Ya el periodista se ha agilizado, se ha nutrido de savia fecunda. Ya ha dejado de ser el maestro periodista para convertirse en el periodista maestro. La política le atrae, le envuelve en sus hervores. Anatematiza y exalta. En ocasiones, asoma la nota sentimental al margen de un sucedido de actualidad. Comulga con el dolor de los desheredados y escribe páginas que ponen en el pecho un temblor emotivo. Como el periodismo es trinchera, precisa respaldar la idea con la acción. Arrogante como un mosquetero, su espada confirma los dictados de la pluma. El sectarismo lo lleva alguna vez a lo excesivo. En horas de combate es difícil poner sordina al anatema. Pero, tolerante por temperamento, vuelve pronto a la prédica armónica. Así afirma una posición. Gana renombre. Pero esto no le basta. Tiene sed de conocer. Arde en su interior aquella

ansia de perfección que fué llama inextinguible en el espíritu de Renán. Y entretanto combate por su credo y su bandera, estudia, penetra con amplia visión siglos de literatura, gana en la Universidad Nacional los doctorados en Pedagogía y en Filosofía y Letras. Publica libros que perfilan de manera inconfundible su característica en nuestra literatura. Cultiva la tribuna política y la académica. Le acompañan las cualidades indispensables al orador. Amplia la voz, adecuado el ademán, elegante el gesto, fértil la imaginación, nutrido el acervo cultural, fervorosa la expresión. En la tribuna, como en el libro, es glosador incansable del culto nacionalista. Evoca el pasado legendario. Analiza los problemas públicos y vuelca su yo interno sin reservas. Jamás el pesimismo le hace tachonar de sombras espesas el porvenir de su país. Advierte lo imperfecto de todo lo creado, y no exige de otros con encono la perfección que no halla en sí. Cuando el escepticismo le asalta, sabe diluirlo en un oasis de esperanza. Ama la ironía; pero su ironía es aquella a que Rodó daba la equivalencia del entusiasmo y tenía por "amable y piadosa filosofía de la buena sonrisa, que se traduce en una inagotable indulgencia para todas las debilidades humanas, en un vasto perdón para todas las miserias de nuestra naturaleza pecadora, para todas las vanidades de nuestros sueños". Del periodismo pasa al ejercicio de altas funciones administrativas. Ocupa la Subsecretaría de Instrucción Pública y es más tarde Ministro Plenipotenciario de la República en Portugal. Recorre el mundo. Ensancha su cultura artística. Depura sus pasiones. Abre en su ánimo más anchos cauces al amor. Por voluntaria determinación abandona la diplomacia y gana en el Instituto de segunda enseñanza de la Habana, por oposición, la Cátedra de Gramática y Literatura Castellanas, en la que parece abroquelarse como en su vocación definitiva.

La Bibliografía nacional debe a su pluma obra nutrida y fecunda. En "Sensaciones del momento", recogió parte de su labor periodística. Forjada cada página al calor de la actualidad, y bajo la sugestión de muy diversos motivos, en él aparece, ora regocijado, ora mordaz, ora doctrinario, y aun cuando en el aspecto político pudiera en ocasiones divergir nuestro pensar,

hallo siempre en él, en lo fundamental, un latido cordial. En "Pnyx", aparece de pie el tribuno y conferenciante, asociando y asimilando al espíritu público el espíritu universal. En sus páginas vibra a menudo el alma de la patria con optimismo que fortalece y exalta, profesa el idealista que va de la mano con Gandhi a través del desierto en prédica apasionada de redención y de justicia; o surge el crítico que recorre con visión ponderada la obra de la Condesa de Pardo Bazán, para fijarle característica en la civilización española, o penetra en la estética acrática de Martí. Ya antes había publicado "Lecturas Cubanas", obra de vigoroso espíritu nativo, en que evoca hombres de la epopeya y clava, con incisiva mordacidad, a los predicadores de una cordialidad peligrosa que tiende a ahogar el resplandor de la hoguera en que destruimos todo un pasado de ignominia. En "Enrique Piñeyro, su vida y sus obras", hace justicia reparadora al maestro esclarecido que fué en nuestras letras luminaria que no se apagará nunca en el recuerdo. "La masonería y la tendencia nacionalista", "El sentimiento religioso en la literatura española", "Las ideas pedagógicas de Martí", "El apóstol de la democracia portuguesa", "La emoción que nos falta", "La poesía civil en Cuba", "En plena reconquista", son trabajos en que ha puesto de relieve su perspicacia crítica y su modalidad combativa. Su "Código de moral infantil", es el programa a seguir para la formación del tipo de ciudadano que el Estado necesita. "José Rizal" es obra de propaganda contra el clericalismo inquisitorial, y tiende a poner de relieve, frente al fanatismo que lo clavó en la cruz, al noble apóstol de Filipinas irredenta que, cualesquiera que fueran los arrepentimientos impuestos, bajo la conminación de la España colonial, se destacará siempre en toda la majestad de su grandeza. La Historia de Cuba debe al nuevo Académico contribuciones magníficas, sobresaliendo entre ellas "La misión diplomática de Enrique Piñeyro", tema que desarrolló en ocasión de ingresar como miembro correspondiente en nuestra Academia de la Historia. Ameno en el relato, veraz en el dato, Irazoz juzga en este opúsculo despojados de esos prejui-

cios lamentables que reducen los acontecimientos a meras conjeturas en que la simpatía o el interés dictan su fallo.

A esa labor, que ha consagrado su nombre, sin bastardos reclamos ni inclinaciones lamentables, en el periodismo y en la literatura, acaba de agregar Antonio Iraizoz un nuevo blasón, de que en justicia puede enorgullecerse, con su discurso de esta noche.

Crítico, al par que historiador literario, ha unido al relato la observación. Cuadros, situaciones, épocas, escuelas, artistas, han sido fijados y avalorados convenientemente, dando a cada actor su papel preponderante o secundario, rehuendo la adjectivación que desfigura al ponderar, o la benevolencia que perturba al conceder. A revivir y a depurar todo el glorioso pasado de nuestras letras, ha declarado Iraizoz que viene a esta corporación, y comienza respaldando con el hecho sus palabras. Ha trazado el periplo de nuestra crítica literaria con magnífica precisión, destacándola a la luz de la historia y de la sociología. Como precisa la exigente ideología de Azorín, un tanto reñido con Taine, Iraizoz ha colocado "el producto literario en su medio, en su sociedad, en su instante". Y está en lo cierto cuando afirma que "tuvimos una alta cultura a pesar de España". Todo estado de tiranía necesita hacerse permanente por el estímulo de la ignorancia. Con los reflectores de la cultura aparecen siempre los de la libertad. España temía brindar a sus Colonias conocimientos mayores que los del catecismo, la lectura y la escritura. El Ministro de un Rey insustancial declara oficialmente "que S. M. no considera conveniente el que se hiciera general la ilustración en América". Las escuelas no se conocían sino en los más importantes centros de población. Las Universidades eran contadas e insuficientes. El escolasticismo rutinario y absurdo decretaba su impotencia. Se teme tanto al progreso que cuando en la primera mitad del Siglo XIX pide autorización el ilustre cubano Gaspar Betancourt Cisneros para implantar el primer ferrocarril, se le niega so pretexto de que puede peligrar el régimen; e igual negativa recibe, poco antes de estallar la revolución de 1868, Rafael Morales y González en su intento de establecer en la Habana una

escuela gratuita. Don Luis de las Casas, el Obispo Espada, y Alejandro Ramírez son excepciones. Ellos permiten y estimulan en Cuba ejecutivamente el primero, subalternamente los segundos, la siembra de ideas; pero esas ideas habrán de ser luego el fantasma eterno de sus sucesores. Si el brote de nuestra cultura no se frustra es porque lo mantiene la decisión nativa.

Precisamente, observando las orientaciones del grupo que alienta entre nosotros lo que estimé como un vasallaje a la cultura hispana, afirmaba yo, hace próximamente dos años:

Con las indiadadas castigadas sin piedad por el conquistador, sacaron los héroes del Continente en el carro de la victoria la independencia de América. Ni de Asia ni de Europa ni de Norte América, sino de las raíces mismas de los Andes, sacaron los guerreros sus planes de campaña. Del conocimiento pleno de los factores integrales, y no de postulados teóricos, dedujo Bolívar sus orientaciones de estadista. Y de América va hacia Europa la civilizadora virtud del arbitraje. Sin haber salido de su retiro modestísimo de Ambato había penetrado ya en la Humanidad y anticipado el porvenir el ecuatoriano Juan Montalvo. El venezolano Cecilio Acosta y el argentino Sarmiento son como resúmenes del Universo, y nuestros poetas, que glorifican la libertad del Continente con Olmedo y Heredia, son los que llevan luego a España el movimiento Modernista. Y en Cuba, a pesar del bloqueo cultural en que España la mantuvo hasta las postrimerías del último siglo, surgen filósofos como Varela, como Luz y Caballero, como Varona, pensadores como Saco, conductores de pueblos como Céspedes y Martí, entendimientos superiores como Gálvez y del Monte, sabios como Poey, tribunos como Sanguily y Montoro, Cortina y Figueroa, Giberga y Govín, críticos como Piñeyro, poetas como Luaces, Zenea, Quintero, Teurbe Tolón, Santacilia, Mendive, Byrne, herederos legítimos del que habló con el Niágara, al decir de Martí, el idioma que no habían entendido todavía sus cuarenta millones de habitantes.

No es esto afán inmoderado de realizar campaña tendenciosa en modo alguno, sino ajuste ordenado a la verdad. El concepto crítico se extravía a menudo por los que suponen que los

acontecimientos históricos pueden ser adulterados en la retorta de una cordialidad que ha de consolidarse sobre el reconocimiento de actitudes que no se pueden abjurar y de hechos atentatorios al decoro del hombre y al concepto civilizador que son antecedente de esas actitudes. No daña en modo alguno al mantenimiento de una cordialidad que soy el primero en reconocer y proclamar, porque las luchas de los pueblos no son eternas ni a los hijos se les ha de perseguir por los errores de los padres, la depuración y rectificación de acontecimientos que constituyen nuestra personalidad. La crítica que aprecia y precisa, la crítica que no se atiene para juzgar a cuestiones de simpatía, sino al concepto de interpretación en consonancia con el medio y la época, no puede aceptar calladamente este constante torcimiento de nuestro ideario y de nuestra acción a que tanto Traizoz como yo, aun a trueque de ser tomados por herejes, hemos opuesto en el periódico, en la tribuna y en el libro el testimonio irrefutable de los hechos. Velando precisamente por la seriedad del concepto crítico, agregaba yo en el mismo trabajo de que antes hice mención:

Se ha golpeado tanto en el decantado tópico de la raza, con su apelativo constante a la mentira convencional, que al mismo Martí, en quien convergen todas las facultades mentales y acti-vas inherentes al tipo representativo de la estirpe latino-americana, se le está uniformando de un hispanismo caprichoso y buscando en bases hereditarias la grandeza de quien pertenece a esa estirpe de hombres sobrenaturales que se producen a distancia, que no apoyan su genio en bases hereditarias, que no tienen ni antecesores ni sucesores. Martí es el genio autóctono americano por excelencia, el caudillo de una raza fuerte que se irguió soberanamente contra sus amos, que no lo educaron precisamente en el amor, sino en la explotación complementada por la ferocidad. Martí no es ni puede ser héroe de la raza, sino el hombre genial, desconcertante, que investido de la soberana fuerza de la Naturaleza se alzó pujante, encarnando el alma nativa, para imponer su veredicto liberador a la raza sojuzgadora. En el entendimiento de esta verdad debemos esperar nosotros que se conozca a Martí en España, y no comienzan-

do por uniformarlo de un hispanismo que no se compagina con el carácter y la mentalidad del cubano inmortal que apostrofó tantas veces a los hijos de indio que renegaban de la madre india cuando para él en ningún pueblo debió sentir el hombre mayor orgullo en haber nacido que en estas tierras de América, alzadas de la infamia de una dominación atrasada al goce pleno de la libertad.

Quiere esto decir que se ha de realizar crítica apta para interpretar. La falta de cultivadores libres de toda preocupación en el árido campo de las valorizaciones, está dando lugar entre nosotros a elucubraciones caprichosas. Por otra parte, el deseo de agradar, de no aparecer hostil, como si hubiera hostilidad en mostrar la verdad, soslaya con reincidencia lamentable la narración de pasajes históricos, quita a los caudillos de la gesta su verdadera característica, atenúa o desfigura sus conceptos y los viste con el traje arlequinesco de un acercamiento que sólo debe anhelarse bilateralmente sobre la base estricta de lo que fué. "La Historia—dice Fustel de Coulanges—no es un arte. Es una ciencia pura. No consiste en contar con agrado o en disertar con profundidad. Consiste, como toda ciencia, en comprobar hechos, en analizarlos, en relacionarlos y en señalar su enlace. Puede suceder, sin duda, que se desprenda de esta Historia científica cierta filosofía; pero es preciso que se desprenda naturalmente por sí misma, casi a despecho del historiador. Él no tiene otra ambición que examinar bien los hechos y comprenderlos con exactitud. No debe buscarlos ni en su imaginación, ni en su lógica; los busca y llega a ellos mediante la observación minuciosa de los textos, del mismo modo que el público halla los suyos en experimentos minuciosamente dirigidos. Su única habilidad consiste en sacar de los documentos todo lo que contienen y en no agregar nada de lo que no contienen. El mejor de los historiadores es el que se mantiene más cerca de los textos, el que los interpreta con más exactitud, y el que no escribe ni piensa sino según ellos."

Como muy bien ha observado Iraizoz, Francia fué el faro que señaló la ruta a nuestros hombres de pensamiento. Y el que sentó cátedra para prodigar con benevolencia inagotable

los arsenales de su fecundo saber—nuevo humanista en el ambiente precario de la Colonia—fué Domingo del Monte. Aunque nutrido del Siglo de Oro, por su larga permanencia en España, en Francia piensa del Monte cuando inicia sus tertulias memorables, remedo de aquellas que iniciara en París la señora de Lambert, donde se reunían Henault, forjador del drama histórico, Sacy, traductor de Plinio, y Fenelón; y a las que sucedieron, entre otras muchas, las de las señoras Doublet, Tencin, diestra en la intriga y en la galantería, en cuyos salones, sucesores de los de la Lambert, confundíanse Montesquieu y Marivaux, Pirón y Helvetius; veladas que continuaron luego en los salones de la señora de Geoffrin y de su émula la marquesa de du Deffand, enferma de fastidio, maestra en el género epistolar, bajo cuya égida surgió D'Alembert, que más tarde había de pasarse a las tertulias de la señorita Lespinasse, seguido por Turgot, Condillac, Mably y Marmontel... Y así como en las tertulias precursoras de Lutecia tomaron participación principalísima los hombres que habían de marcar derroteros a la Francia y al mundo en la literatura y en la política, en la modestísima de nuestro benemérito del Monte,—de que habrían de ser sucesoras, las veladas iniciadas por José Antonio Cortina en la redacción de la "Revista de Cuba", las tertulias del propio Cortina y del doctor Céspedes; las conferencias del "Liceo de Guanabacoa", presididas por Nicolás Azcárate, en que tomara participación Martí, y las de la "Caridad del Cerro"—, se reunieron y vincularon al movimiento universal de las ideas los forjadores de nuestra literatura, a los que ya con anterioridad a Delmonte había libertado el Padre Varela de la esclavitud escolástica y consagraría luego Luz y Caballero en la doctrina sensualista. Aunque clásico el Mecenas, de allí habían de surgir al soplo de las nuevas aspiraciones los cultivadores del romanticismo, que entre nosotros no toma, desde luego, el aspecto de agresividad contra la cultura greco-latina que se advierte en Europa, ni mucho menos la cómica postura que adoptan a orillas del Sena copleros yoístas, con rostros de palidez extrema, fúnebremente sombreados por el sombrero rubenstiano. Lo que de acción hay en el romanticismo, lo que vibra en él de apego a

la propia tierra, la puerta en fin que abre a la exteriorización del íntimo sentir, del culto individualista, es lo que del romanticismo se cultiva en Cuba. Es un motivo fundamental para comenzar a tallar el monumento de la libertad.

He de aprovechar la oportunidad que me brinda el trabajo de Iraizoz, que no glosaré en toda su trascendencia porque a la postre sería reincidir en las mismas citas de cuantos con mayor o menor acierto han cultivado la crítica en Cuba, para exteriorizar el juicio que me ofrece el eternamente debatido problema de las escuelas. Yo declaro que no veo antagonismos fundamentales entre los cultivadores de estas o aquellas tendencias, sino que son modalidades puramente personales las que señalan divergencias aun dentro de cada escuela. Cabría afirmar que si Delmonte no riega la semilla de la nueva idealidad romántica, sin compartirla, entre los cultivadores de las letras durante la primera mitad de la centuria anterior, el grito colérico de nuestros bardos, frente a las imposiciones dictatoriales, hubiera sido el mismo, su amor entrañable al patrio suelo, vejado por la usurpación, hubiérase mostrado con idéntico fervor, su individualismo no hubiera sido otro. Ya con anterioridad al romanticismo Heredia había vaciado su lirismo en apóstrofes bravíos y empapaba su pluma en la púrpura de la sangre derramada por la emancipación de las Colonias del Sur. Luego, Heredia era, sin haber salido de Cuba, un precursor de la nueva modalidad que había de tener su cuna en Alemania, aunque al pasar a Francia por el tamiz de Inglaterra se olvidase en Francia o más bien se desconociese en lo absoluto a los mismos que le dieron vida. Porque ha de recordarse que los nombres de Goethe y de Schiller eran ignorados de los abanderados del romanticismo. Claretie apunta en su "Historia de la Literatura francesa", que Hohenlohe refería que a Turguenev le había divertido grandemente, en 1876, oír a Víctor Hugo atribuir a Goethe el "Wallenstein" de Schiller. Alguno, un tanto avisado, conocía las tendencias de la nueva escuela en Alemania, y sabía y era lo que más le sugestionaba que encarnaba allí un vehemente culto nacionalista. Caracteriza al romanticismo un estado de agresividad contra el clasicismo. Y sin embargo, Alfredo de Musset,

romántico, se embriaga de aticismo, y canta con fervorosa devoción a la

“Grèce, ô mère des arts, terre d'idolâtrie,  
de mes vœux insensés éternelle patrie,  
j'étais né pour ces temps où les fleurs de ton front  
couronnaient dans les mers l'azur de l'Hellespont.”

Y es el mismo Musset, quien, perdida la brújula, apostrofa a sus conmlitones llamándoles “románticos barbudos de rostro demacrado”, y también a los campeones de una causa ya vieja, a los “clásicos afeitados y de cara bermeja”. Teófilo Gautier, “el romántico de pelo en pecho—al decir de Claretie—que teme siempre no ser bastante medioeval, que deja crecer su cabellera espléndida hasta la cintura, para sacudirla como el león sus crines en las luchas contra los clásicos”, es el mismo escritor nutrido de cultura humanística, enamorado de la antigüedad, que moja la pluma, ampulosa y fantasista como la púrpura de su chaleco, en tinta renacentista. Él es precisamente la mejor demostración de la inexistencia de escuelas, porque lo mismo que un romántico o que un clásico pudieran reclamarle para su museo un místico o un parnasiano. De todo y para todos tuvo en su obra vibrada de eclecticismo, colorista y ruidosa, si pregonadora del arte por el arte, forjada generalmente con bloques de ideas, desigual y contradictoria como el espíritu que la inspiraba. Y Víctor Hugo, ¿podría ser condenado con la caída de los últimos románticos? ¿Quién reduciría a cánones de escuela aquel que pareció traer un mundo que evocar y otro que post-ver? Analizando esa obra varia, desconcertante, en que mal podría el crítico exigente pretender contrarrestar con los errores geográficos e históricos que se advierten a menudo recorriéndolo, la historia y la geografía de su vida subjetiva, volcada a los humanos con la fuerza de un Amazonas, ¿afirmaría alguien que fué originada por la Escuela Romántica? Aquel hombre traía en sí los materiales y se hubiera exteriorizado lo mismo en la Atenas de Platón o en la Italia del Renacimiento. El hombre es inconforme por naturaleza. Tiene siempre la presunción de obrar mejor que aquel que le antecede. En lugar de

concatenar para servirse, pretende destruir para erigirse. Se crean grupos de factura semi-anárquica para protestar de la tendencia que priva. Olvidando que el arte es uno en esencia y sólo son divergentes los caminos que a él conducen, los protestantes creen aportar una conciencia nueva; pero en realidad no hay novedad ni en la forma de actuar, porque es siempre de agresividad contra lo que fué o contra lo que es. Ni siquiera se es nuevo en la suficiencia con que se pontifica, porque es ley de todos los grupos renovadores o que pretenden ser renovadores aislarse en torres de marfil fingiendo desdeñar el ruido de la vida. Un leit-motiv, la extravagancia, unifica a través del tiempo a culteranos o conceptistas con románticos, parnasianos, místicos, modernistas, futuristas y vanguardistas.

En Cuba estamos hoy en presencia del brote vanguardista, que no ha logrado aún ni dentro ni fuera de ella plasmarse en una fórmula definitiva. Adopta esta tendencia la misma actitud suficiente de todas las propagandas revolucionarias dentro del arte. Nada nuevo ha aportado como no sea anárquicas libertades de expresión, defiriendo la idea a sugerencias que generalmente sólo sugieren la convicción de nuestra incapacidad para traspasar las fronteras de la locura. Alfonso Hernández Catá, hablando desde esta misma tribuna no hace muchos días, apuntaba con visión magnífica, luego de una científica interpretación del arte, el fracaso a que necesariamente está condenada esa tendencia, trayendo muy atinadamente a colación lo resultado a aquel loco de Marinetti que atronó con su futurismo y creyendo derribar dioses vióse caído inesperadamente en una camisa de fuerza conservadora, en la negra camisa del fascismo, mientras los dioses que pretendió derribar, alzados sobre el pedestal de su obra, continúan alumbrando el mundo del arte. Ya con anterioridad Ramón A. Catalá, en su ensayo sobre la novela, muy superior al de Mitjans, observaba:

“El ansia de renovación que pugna por abrirse paso en el mundo, alcanza a la Literatura de un modo avasallador. Se quieren formas nuevas, se aspira a otra idealidad, se piden distintas resonancias.—¿No sentimos casi moribundo el corazón de la madre Poesía, apenas lo auscultamos en los poemas que

nos vienen de todas partes?—¿El teatro no busca la virilidad que se le escapa en otras emociones que suplan a las que hoy producen la sencillez de la comedia o el enredo del drama? La novela pide también que el arte nuevo se filtre en su trama, y para ello se solicita por algunos que llegue hasta deshumanizarse, como todas las expresiones del Arte. Solamente ha de permitírsele conexiones con la ciencia pura, contactos con idealidades tamizadas en la misteriosa alquimia espiritual. Se le exige, además, la abominación de lo pasado, el leal propósito, la voluntad inquebrantable de no parecerse, lo que produzca hoy, a nada de lo que ha dado de sí en época anterior. Este momento de confusión, este tránsito conmovedor en que se aspira a devorarlo todo, a arrasarlo todo, para levantar sobre las cenizas de lo viejo algo que sea distinto, de lo que contenga en sí mismo la vitalidad juvenil que necesitamos, debe ser tenido por uno de los más peligrosos y difíciles momentos de la historia de la civilización. No es de extrañar, por eso, la anarquía que reina en todos los grupos culturales. En la novela se ha pretendido ya un género en que no exista personaje alguno y en el que las cosas sucedan, sin embargo, de un modo real y humano, y la extravagancia ha llegado en un autor al humorismo de hacer discurrir a las cosas inmateriales sobre los más hondos problemas; y así vemos en una casa a la Señora Bañadera protestando de la esclavitud a que se le reduce en el recinto del cuarto de toilette, y a la Señorita Lámpara quejándose de la inmovilidad con que se esterilizan sus agilidades, y otras y otras rarezas por el estilo, que aunque pretendan ofrecerse como símbolos de las torturas innecesarias que sufre la humanidad, no cabe duda de que el buen gusto no podrá recibir sino con una sonrisa.”

Esta misma extravagancia, a que alude Catalá, de dar a las cosas fisonomía humana, que pudiera acoplarse a cierta arbitraria postura circunstancial del meritísimo Ortega y Gasset, carece de originalidad, porque hace ya muchos años que la puso en acción, en crónicas de maravillosa fantasía, derrochando grácil talento en estilo saturado de color y de vida, el argentino Souza Reilly.

Una tendencia lamentable tiene a mi juicio el vanguardismo: la desnacionalización de nuestro ideario, incorporándolo a la corriente anárquica que baja de la Rusia soviética amenazando inundar el mundo. Se hace el vacío y se tacha de cursi a toda manifestación tendiente a revelar nuestro pasado, que bueno o malo es fundamento de nuestra personalidad y estamos en el deber de espigar y depurar. No por ser nuestro ha de ser malo. Aun midiéndolo con exigente criterio, el grupo que surge a la especulación de las ideas con la creación de la Sociedad Patriótica de Amigos del País, el que más tarde forma el ejecutivo del autonomismo, y el que pudiera llamar revolucionario, integrado por Sanguily, Varona, Martí y Juan Gualberto Gómez, serían motivo de orgullo para cualquier pueblo creador de civilización. Los que lo desdennan creen conocerlo; pero en realidad lo ignoran en todo su magnífico esplendor.

No es que tema yo la aurora roja que nos viene de la estepa. Mi liberalismo en arte como en política me pone a salvo de sospechas absolutistas. Pero entiendo que nuestros problemas son otros, absolutamente desconectados de los que se produzcan en pueblos donde las grandes masas proletarias esperan, aun bajo el imperio de sus ideas, la liberación definitiva. Sobre los escombros de la guerra que envolvió al mundo ha surgido una política económica de base proteccionista, de agresivo celo nacionalista. Y no es este el momento más propicio para que un pueblo en los comienzos todavía de su vida soberana tenga su pasado glorioso por cosa *dèmodé*. Yo no concibo el debate de las ideas sino en la medida misma en que éstas contribuyan a la afirmación de la República. A este respecto, si yo fuese hombre de escuelas, creería indispensable ensayar un neoromanticismo.

Estaba en lo cierto el insigne Rafael Montoro, cuando en el opúsculo que sirve de prólogo a la obra de Ricardo del Monte, publicada por esta corporación, afirmaba:

“Una nueva sociedad cuyos contornos empiezan a precisarse al través de las densas brumas que aun los envuelven, dará vida a nuevas formas de actividad en todas las esferas, a generaciones mejor preparadas y más felices; pero el recuerdo

de los hombres que en tormentosa sucesión de férvidas labores, de afanosas agitaciones, de supremos conflictos, llena de dolorosos sacrificios y de terribles contiendas, ora en el periódico, ora en la tribuna y en el parlamento, ora en los campos de batalla, ora en las vicisitudes de peligrosas conspiraciones en los que siempre era de temer y se alzó más de una vez el eadalso; desde distintos puntos de vista históricos, pero siempre con fe, abnegación y constancia, crearon y mantuvieron el espíritu público cubano y lo enriquecieron y adornaron con todos los refinamientos de la cultura, de las letras, y de la poesía, sin perder nunca de vista el ideal de justicia y de progreso que templaba y enardecía los corazones... ese recuerdo vivirá siempre en la memoria y en la veneración de su patria. Porque no debe nunca olvidarse que durante mucho tiempo tuvo la literatura entre nosotros carácter cívico, inspiración trascendental, y que mucho más tarde es cuando ha podido surgir en nuestro país esa doctrina del arte por el arte que encierra al poeta en una como torre de marfil, desde donde puede mirar con desdénosa indiferencia, las agitaciones de la vida pública y el porvenir de la humanidad."

Y es precisamente Montoro quien, en reciente trabajo crítico sobre la obra "Plática Novísima" de nuestro compañero de Academia Emilio Gaspar Rodríguez, espíritu cultivado y alerta a todas las manifestaciones del saber, de alta preparación para la exégesis, protestaba su declaración de que sentía "un tanto de desamor hacia ese pasado", y "que la actual generación no sólo no le debe nada en el sentido intelectual a las pasadas, sino que nada la vincula a ellas, como no sea la natural simpatía que inspira una idéntica dedicación a un género de arte y la fuerte admiración, eso sí, humana primero, cubana después, que debemos sentir por aquella lucha sin igual que sostuvieron nuestros poetas y escritores por anticipar y lograr, dando en holocausto sus vidas, el estado político que hoy disfrutamos."

Las generalizaciones son siempre peligrosas. No es explicable que espíritu crítico tan sereno como el de Emilio Gaspar Rodríguez pudiera formular esa rotunda afirmación frente a un pe-

río en que se destacan, el padre Varela, sepultando al escolasticismo, abriendo nuevos cauces a la enseñanza sobre rigurosa base científica; y José de la Luz y Caballero, quien al decir de Sanguily, "cuando no parecía posible que hubiera leído los voluminosos tomos de Augusto Comte, hizo respecto a la filosofía en Cuba, papel semejante al que este matemático desempeñó en esfera mayor; era ya, por muchas ideas y por las tendencias y el espíritu de su enseñanza, un verdadero positivista. Antes que Stuart Mill recomendaba él el método inductivo, que seguramente aprendió en Bacon y en el estudio de las ciencias. Ignorando probablemente los trabajos de Claude Bernard, si es que éstos no fueron posteriores, se empeñaba en acreditar con preferencia y sorprendente ahinco, el método experimental. En tanto que nadie se ocupaba en el mundo filosófico de la psicología, relegada a un lugar muy secundario por el propio Augusto Comte, o considerada sólo como análisis del intelecto por el método casi exclusivo de la observación personal e interna, él pretendía que debía estudiarse como parte dependiente de la fisiología, señalándole además los caminos que son precisamente los que han seguido sus cultivadores actuales." Cómo puede, insisto, desconocerse la cosecha remuneradora de un período en que esplenden Poey y Finlay, la Torre y Albarrán, Montané y Eusebio Hernández, colocándonos entre los pueblos productores en el campo de la ciencia; y en que iluminan las letras, en sus diversas manifestaciones, Heredia y Plácido, Arango y Parreño y José Antonio Saco, la Avellaneda y Zenea, Cirilo Villaverde y Enrique Piñeyro, Antonio Zambrana y Esteban Borrero Echeverría, Varona y Sanguily, Montoro y Ricardo del Monte, Izaguirre y Palma, Julián del Casal y Manuel de la Cruz; José de Armas y Mariano Aramburo; la ciencia económica Leopoldo Cancio y José Payán, cuya genialidad intuitiva reforma y crea en la América del Sur; la Filología Dihigo y Rodríguez García; la Historia Guiteras y Rodríguez Lendian; el Derecho Cueto, Hernández Barreiro, Govín, Lanuza, Bustamante. Excluyo a propósito a José Martí por ser la única excepción que hace en su juicio Emilio Gaspar Rodríguez. Espíritu abierto a la tolerancia, él rectificará o aclarará sus con-

clusiones que acaso no hayan cristalizado en lo que cabalmente quiso expresar, y yo me congratularé de ello porque de trabajadores como él ajenos a capillas exclusivistas, altamente comprensivos, que no en balde se ha ejercitado en la escuela depuradora del sufrimiento, necesitamos para emprender la obra reconstructiva que realizamos con deliberado propósito y absoluto desinterés, y en que viene ahora a ayudarnos este noble abanderado del nacionalismo sin estridencias, pero consciente de su misión y orgulloso de su pasado, que es desde hoy nuestro compañero en las labores corporativas.

Señor recipiendario: La Academia Nacional de Artes y Letras, por mis labios, os dice la satisfacción en que rebosa en estos instantes en que ve reforzadas sus filas por quien títulos tan justamente estimables puede ofrecer a la consideración de cuantos se preocupen por los altos empeños del espíritu. No podrá ya usted aspirar, con rebeldías anárquicas, a la inscripción de aquel amargado aunque risueño señor de Pirón, inspirado precisamente en sus sátiras y en sus agresividades contra la Academia, en la disposición monárquica que, ya elegido, le impidió ocupar el codiciado sillón; pero comprobará, por otra parte, que somos hombres reales, ni bajados de una nube ni encaramados en ella para mirar con displicencia el tumulto de la vida, y que el único título que aspiramos a merecer, no es precisamente el de inmortales, por aptitudes que sabemos idénticas cuando no inferiores a las de tantos de nuestros compatriotas que no son académicos, sino el de cultivadores amorosos de nuestro pasado como afirmación de un presente feliz y garantía de un mañana esplendoroso.







UNIVERSITE PARIS 3



D

001 449272 6